

Trabajo Fin de Grado

El miedo en la Edad Moderna: demonología y brujería como fenómenos sociales y culturales

Fear in the Early Modern Age: demonology and witchcraft as social and cultural phenomena

Autora

Andrea Alejandre García

Director

Jesús Gascón Pérez

Facultad de Filosofía y Letras

2018

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN 2

II. EL MIEDO EN LA EDAD MODERNA. LOS MIEDOS COLECTIVOS.... 7

III. LOS MIEDOS IRRACIONALES Y SU ORIGEN 10

IV. DEMONOLOGÍA: SATÁN, DEMONIOS, ESPÍRITUS 13

1. Satán 13

1.1. Representación 14

1.2. El diablo en contacto con los humanos 17

2. Demonios 21

3. Espíritus 25

V. BRUJERÍA 27

1. Magia y brujería. Evolución 28

2. El concepto de bruja 29

2.1. El pacto con el diablo 29

2.2. El sabbat o aquelarre 30

2.3. El vuelo 31

2.4. La metamorfosis 32

3. Imagen de la bruja 33

4. Juicios y condenas 36

5. Caza de Brujas en Europa 38

VI. CONCLUSIÓN 41

BIBLIOGRAFÍA 44

ANEXOS 48

I. INTRODUCCIÓN

La motivación que me ha llevado a desarrollar este trabajo procede, en primer lugar, de mi especial interés por la Historia cultural, que, sin olvidar grandes naciones o reyes como sujeto histórico, da cada vez más protagonismo al común de la población. A partir de este, y especialmente tras cursar la asignatura *Culturas modernas europeas*, sentí una mayor atracción por temas relacionados con la vida cotidiana, que muchas veces han quedado supeditados a grandes acontecimientos políticos o económicos, pero que igualmente condicionaron la vida de las personas de a pie.

Tomando como sujeto histórico pues a estas clases populares, considero el estudio de los sentimientos, y en este caso del miedo, fundamental para comprender la configuración mental de las personas tanto de la Edad Moderna como de cualquier otra época.

El miedo es un sentimiento que condiciona la vida humana en la actualidad, y de igual modo lo hizo en el pasado. Me interesaba especialmente conocer los tipos de miedos que estaban presentes en la vida de la mayor parte de las personas de la Edad Moderna, de dónde procedían y cómo les afectaban.

En un principio, pensé en centrarme en el miedo a la muerte, pero leyendo sobre el tema, me causó cada vez más curiosidad el estudio de seres sobrenaturales, estrechamente relacionados igualmente con la muerte, la religiosidad y el Cielo/Infierno. Una vez concretado, quería descubrir hasta qué punto la presencia de Satán u otros seres sobrenaturales influía en el desarrollo de su vida cotidiana.

Por último, también siento especial interés hacia la Historia de las mujeres, y aunque estas no hayan sido el sujeto central de este trabajo, el tema tratado permite que lo sean del último apartado, dedicado a las brujas.

En cuanto a la delimitación espaciotemporal, ha de tenerse en cuenta que los temas que van a ser tratados en este trabajo se enmarcan en procesos de larga duración y, por tanto, lenta evolución. Esto desemboca en la imposibilidad de acotar este trabajo a unas fechas concretas; la evolución de las mentalidades, tradiciones, culturas o formas de vida es un proceso de largo recorrido. Podemos marcar unos puntos de auge y declive, pero no se inicia y acaba en un momento exacto, lo que lleva a tratar los siglos

finales de la Edad Media (XIV y XV) para luego poder centrar el estudio en la Edad Moderna (especialmente los siglos XVI y XVII).

Naturalmente, estas preocupaciones personales no son novedosas en el ámbito de la historiografía; el estudio del miedo se inserta dentro de una corriente histórica relativamente nueva, pero muy consolidada y extensamente cultivada en nuestros días: la Historia cultural. Los primeros historiadores que desarrollaron esta vertiente, aún sin darle nombre propio, fueron los creadores de la revista *Annales*, Febvre y Bloch. Pero la explosión de estudios relacionados con esta línea de trabajo va a llegar en las décadas de los 60-70, en contraposición a una Historia serial y cuantitativa.

Se considera inaugural el artículo de G. Duby «Histoire des mentalités» (1961), que va a dar nombre a dichas investigaciones, reivindicando la Historia de las mentalidades como un estudio en sí mismo, que se centra en el comportamiento de las sociedades ante la «interrogación permanente del ser humano a propósito del universo que les engloba y a su destino»[1]. Va a ser él mismo quien establezca como herramientas fundamentales para su estudio: el lenguaje, la iconografía y los mitos y creencias, por la capacidad que estos tienen de mostrar el mundo tal y como se concebía en una época determinada.

Estos primeros postulados abrirán el camino a obras que darán un nuevo impulso a esta corriente, como *Faire de l'histoire* (1974), dirigida J. Le Goff y P. Nora, que va a recalcar la importancia de la larga duración en el estudio de las mentalidades. Otros autores que se van a inscribir en esta tendencia van a ser M. Vovelle, P. Ariès o J. Delumeau, autor fundamental para la realización de este trabajo, por su estudio del miedo. Estos van a buscar un diálogo entre la historia y otras ciencias sociales cercanas, como la antropología o la sociología, que contribuyan al estudio de las formas de pensar de las sociedades pasadas. Pronto el propio término Historia de las mentalidades va a generar debate por su poca precisión. G. Duby propuso el de «imaginario colectivo», ya que se trataba de estudiar comportamientos inconscientes.

La renovación de estos estudios se va a producir en las décadas de los 70-80 a partir de dos nuevas vías metodológicas, el giro lingüístico y el giro cultural. Dentro de la segunda corriente debemos destacar la figura de Darnton, que busca un mayor

[1] G. Duby, *apud* M. F. Ríos Saloma, «De la historia de las mentalidades a la historia cultural. Notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX», *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México,* nº 37, enero-junio 2009, p. 100.

protagonismo de las clases populares, iniciando un cambio hacia una «nueva» historia cultural[2]. El giro lingüístico no acabó de convencer a algunos historiadores, no tan preocupados por la narración, sino más por la explicación. De todos modos, la Historia cultural se consolidó en los 90, «como una nueva forma de hacer historia en la que se conjugan posestructuralismo, lingüística, antropología y postmodernidad»[3], acabando con la ambigüedad del término «mentalidades».

El miedo se engloba dentro de esta rama de la Historia, aunque hasta ahora apenas se han elaborado estudios históricos desde este punto de vista. Debemos citar, eso sí, a G. Lefebvre, autor de *El gran miedo*, que no se incluye dentro de nuestro marco cronológico, pero trata el miedo en Francia tras la Revolución (1789). También cabe destacar la obra de L. Febvre (*Pour l'histoire d'un sentiment, le besoin de sécurité)* o J. Palou (*La peur dans l'histoire).* Estas obras tampoco se enmarcan cronológicamente dentro de este estudio, pero son antecedentes fundamentales para el desarrollo de la obra de Delumeau, *El miedo en occidente*, escrita con el fin de llenar un vacío que habían dejado estos estudios, entre 1348 y 1800; y clave para el desarrollo de este trabajo.

El objetivo principal de estas páginas es hacer una recopilación y exposición de los principales miedos que padecieron las personas de la Edad Moderna, así como observar hasta qué punto estos fueron generalizados, es decir, si afectaron a la población en general, y de qué modo.

En este trabajo se busca identificar brevemente los miedos de carácter natural, para luego centrar los siguientes capítulos en el estudio de miedos relacionados con entes sobrenaturales: el demonio y sus enviados, con el fin de difundir el mal en la Tierra, principalmente diablos y brujas, aunque también se hable otros, como licántropos o herejes.

Dentro de estos miedos hacia lo sobrenatural, se busca estudiar hasta qué punto la existencia del diablo y sus agentes estuvo presente y condicionó la vida humana, y al mismo tiempo ver cómo las élites influyeron o no en la difusión de estos miedos y si participaron de ellos o simplemente los utilizaron para mantener el control de la población, dentro de un contexto de cambio e inseguridad.

---

[2] Ibidem. p. 112.
[3] Ibidem, p. 121.

A continuación, se va a intentará mostrar la figura del diablo tal y como fue vista por los contemporáneos, como un ser inmaterial y, en resumen, una construcción histórica. Tanto la iconografía como los tratados demonológicos van a tratar de transmitir el miedo al diablo y al Infierno.

El trabajo también se va a dar protagonismo a las brujas, buscando una correlación entre ellas y Satán. Teniendo en cuenta todos los sujetos atemorizantes tratados, las brujas son las que ocupan un mayor número de obras, aunque muchas veces presentadas de modo independiente a la demonología. Desde la Historia cultural se busca, más que analizar los procesos, comprender las creencias de la época y cómo afectaron los fenómenos de brujería a la vida cotidiana de las personas. Esa es la intención de este trabajo, queriendo plasmar la imagen que tuvieron las élites de estas mujeres, pero también la que se tuvo desde las clases populares e incluso la que ellas tuvieron de sí mismas.

Otro de los principales objetivos es desmentir la idea de algunos historiadores que defendieron que la creencia en la existencia de poderes no naturales, tanto celestes como diabólicos, estaba únicamente extendida entre los sectores rurales, iletrados o marginales. Como iremos viendo a lo largo de estas páginas, tales creencias no fueron exclusivas de dichos sectores, sino que estuvieron bastante extendidas por toda la sociedad.

Para acabar, me ha parecido importante añadir un anexo con imágenes del demonio, el Infierno o las brujas con el fin de mostrar cómo el artista o autor los imaginaba. Pero su importancia radica, sobre todo, en que permiten observar lo que una sociedad, en su mayoría iletrada, veía y por tanto interiorizaba la imagen de los seres causantes de sus miedos.

Este trabajo es producto de una labor de revisión bibliográfica, seguida de una reflexión en torno a la información extraída para alcanzar luego la elaboración de un discurso propio. Para ello se han utilizado fuentes secundarias, ya que este no pretende ser un trabajo de investigación, sino de recopilación; sobre todo los fondos de la biblioteca María Moliner, además de algunos libros en línea, procedentes de *Google Books*. También ha sido útil la lectura algunos textos o artículos localizados en páginas como *Dialnet* o *Academia.edu*.

Por otro lado, el estudio de temas como los sentimientos está estrechamente ligado al desarrollo de la Historia cultural, de modo que la mayoría de las obras empleadas son de carácter histórico, si bien se cuenta también con títulos pertenecientes a otras áreas, como la literatura o la historia del arte. Ante los posibles vacíos que la Historia aún tiene que rellenar, existen también fuentes antropológicas o procedentes de estudios sociológicos que pueden ser útiles. Así lo han demostrado, por ejemplo, las investigaciones de J. Caro Baroja, C. Lisón o Á. Gari Lacruz sobre la brujería, por citar solo un par de autores destacados. En este sentido, como dice M. Tausiet, una de las principales autoras sobre el tema en España, el «concepto de lo interdisciplinar se impone como vía privilegiada para avanzar en el conocimiento»[4].

[4] M. Tausiet, «Sexo, retórica y demonio», *Revista de Libros,* nº 85, enero 2004, en https://www.revistadelibros.com/articulo_imprimible.php?art=2580&t=articulos [Última consulta: 10-09-2018]

II. EL MIEDO EN LA EDAD MODERNA. LOS MIEDOS COLECTIVOS

El miedo es un sentimiento que condiciona y ha condicionado la vida humana a lo largo de la historia, y no deja de ser un mecanismo de defensa. Se trata de un motor que ha movido al hombre desde el comienzo de su existencia y por tanto podemos decir que es inherente a él. Aunque las causas del miedo se hayan modificado con el paso de los siglos, el sentimiento y la raíz de este se mantiene, el ser humano teme aquello que no puede controlar y le es desconocido. Pero al mismo tiempo que se inquieta, se siente también atraído por un interés incluso morboso. Esta mezcla de miedo y atracción es la que impulsa a la investigación y con ella al avance científico.

El mundo de las emociones y los sentimientos es un tema muy complejo de estudiar. Durante la Edad Moderna, las emociones fueron disimuladas, debieron ser evitadas en la medida de lo posible y dominadas, ya que «rompen la serenidad y la quietud del alma»[5], pero sabemos que estuvieron muy presentes en la vida cotidiana de las personas.

Al igual que en la actualidad, en la Edad Moderna, las personas padecieron miedos personales e individuales, y miedos colectivos. En cuanto a los primeros, su estudio es muy complicado, por no decir imposible, a causa de la escasez de testimonios personales. Es el segundo grupo el objeto de este estudio, no por ser más fácil de localizar, sino por su relevancia histórica. A este pertenecen los miedos que formaban parte de la vida de la mayor parte de las personas modernas, siempre pensando en que pudo haber casos particulares que no los viviesen, pero sabiendo que son, como titula J. Delumeau la primera parte de su obra[6], «miedos de la mayoría». Por consiguiente, sujeto protagonista va a ser una multitud influenciable, entre la cual el miedo a lo desconocido, lo incontrolable o lo diferente se contagia y expande rápidamente, dando lugar a situaciones de pánico.

[5] J. S. Amelang y M. Tausiet (eds.), *Accidentes del alma: las emociones en la Edad Moderna,* Abada, Madrid, 2009, p. 10.

[6] J. Delumeau, *El miedo en occidente (siglos XIV-XVIII): una ciudad sitiada,* Taurus, Madrid, 1989, p. 52.

El miedo responde ante una amenaza, que puede ser real y física o imaginada, causada por «la mala voluntad de otros con poderes malignos y no por razones naturales o fortuitas»[7].

Aparte de ser difíciles de estudiar, los miedos también son difíciles de clasificar. Por ello, la distinta naturaleza de la amenaza ha sido utilizada como criterio para establecer una clasificación entre miedos «reales» o «naturales» y miedos que, a falta de un término mejor, podrían considerarse «irracionales», «supersticiosos» o «sobrenaturales».

Dentro de los miedos reales se incluyen los que responden a estímulos de carácter físico y terrenal, es decir, el miedo al hambre, al frío, la enfermedad, la muerte… Se trata de miedos lógicos dentro de una sociedad del Antiguo Régimen, que sufría constantes periodos de hambrunas y malas cosechas, que les hacían vivir en un estado de subalimentación. Además, las restricciones de acceso a los bosques de donde obtener leña coincidieron con una pequeña era glacial que hizo descender la temperatura del planeta, tratada por autores como Fagan (*La pequeña edad del hielo*[8]) o Parker (*El siglo maldito*[9]). No pueden ser olvidadas tampoco las constantes epidemias que padecieron y que se repetían periódicamente, causando muertes catastróficas en toda Europa; entre ellas destaca la peste negra, considerada un castigo divino. El desconocimiento de las causas y su impredecibilidad motivaron un profundo miedo miedo (no solo hacia la muerte, sino también hacia el caos y la destrucción del orden social y la cotidianeidad), acompañado de una gran ansiedad.

Además de estos miedos más «racionales» y reales, seguimos concretando los objetivos del trabajo, centrándonos ahora en miedos «irracionales» o de procedencia sobrenatural, producto de la inseguridad física y del temor a lo desconocido o incomprensible, lo que empujaba a buscar un culpable. Es necesario hacer un inciso, recalcando lo que se ha dicho con anterioridad, para explicar que, aunque desde nuestra óptica contemporánea puedan resultar irracionales, como veremos a lo largo del trabajo, estos miedos estuvieron perfectamente fundados en las experiencias vitales y gracias al uso que el poder hizo de ellos para controlar a la población. Como afirma Stuart Clark,

---

[7] J. Caro Baroja, *El terror desde el punto de vista histórico*, Cuaderno del Instituto Vasco de Criminología, San Sebastián, nº 9 Extraordinario, diciembre 1996, p.153

[8] B. Fagan, *La pequeña edad de hielo: cómo el clima afectó a la historia de Europa (1300-1850)*, Gedisa, Barcelona, 2008.

[9] G. Parker, *El siglo maldito: clima, guerras y catástrofes en el siglo XVII*, Planeta, Barcelona, 2013.

«La brujería poseía una realidad cultural propia y no necesita considerarse irracional o desprovista de sentido»[10].

El miedo y la angustia son sentimientos diferentes, el primero tiene un objetivo a combatir, mientras que el segundo es una espera dolorosa en la que la imaginación juega un papel primordial. A pesar de tratarse de emociones diferentes están estrechamente relacionados. La fragilidad de las personas modernas europeas debida a su coyuntura histórica hace que la angustia ante el Infierno o el Juicio Final se transformen en miedo, cuando desde el poder se ofrecen figuras de personajes a los que hacer frente, como Satán, los herejes o las brujas, como se explica a continuación.

Estos miedos se manifestaron en el sentir general, tanto de las clases populares como de las más cultas. Aunque las clases dirigentes los fomentaron a través de la iconografía y la cultura oral, como se verá más adelante, no sería justo afirmar que únicamente se valieron de dichos miedos para manipular y controlar a los estratos inferiores de la población, ya que queda comprobado que la creencia estuvo realmente arraigada en gran parte de la sociedad moderna: tanto creía el predicador que sermoneaba contra las brujas como los fieles que acogían sus ideas.

Así pues, se creó un mundo paralelo de brujas, demonios y espíritus, que convivían con los hombres y buscaban arrastrarlos al camino del mal. Este formó parte de la vida de la mayor parte de las personas de la Edad Moderna ya que «la fe en lo oculto o lo sobrenatural estaba ampliamente extendida»[11].

---

[10] S. Clark, «Brujería e imaginación histórica. Nuevas interpretaciones de la demonología en la Edad Moderna» a*pud*, J. S. Amelang y M. Tausiet, *El diablo op. cit.*, p. 32.
[11] J. Caro Baroja, citado en J. Sánchez Gómez, *Magia, astrología y ocultismo entre los mineros del siglo XVI),* p. 339.

III. LOS MIEDOS IRRACIONALES Y SU ORIGEN

Las procedencias de estos miedos pueden ser diferentes, si bien no dejan de estar muy ligados entre ellas, debido al papel protagonista que jugaron Dios y la Iglesia durante la Edad Moderna. Muchas veces fue esta institución quien los promovió, lo que hace que estos miedos estén estrechamente relacionados con ella.

Entre ellos destacamos los miedos de carácter religioso, inculcados tanto por clérigos como por laicos, y directamente relacionados con la ira de Dios, que era la causa de la llegada de numerosas calamidades. Esta interpretación es muy importante para comprender la configuración de la mentalidad moderna, en cuyo centro se ubicaban los asuntos religiosos; la presencia de lo sagrado en la vida cotidiana moderna fue total. La Iglesia instó a la oración, la peregrinación, los donativos y otras acciones piadosas para aplacar la ira divina.

Aunque fenómenos meteorológicos y fuerzas de la naturaleza puedan ser entendidos en la actualidad miedos de carácter natural, en la época fueron incontrolables e incomprensibles, por lo cual se los consideró sobrenaturales y generaron temor. Los modernos creyeron que los eclipses, los cometas u otros signos celestes desacostumbrados que no podían explicar, eran símbolos de malos presagios. Sabemos que este miedo ocupa un lugar importante en la comunidad, ya que, por su carácter supersticioso, la Iglesia trató de combatirlo, aunque sin éxito. También los truenos, los rayos, las tormentas o los terremotos fueron considerados signos de castigo divino. A pesar de que no se trata de acontecimientos desconocidos son impredecibles, lo que incrementa este sentimiento.

Dentro de este grupo englobamos también el miedo al mar, que hace sentir al hombre pequeño y frágil: se teme sobre todo a los monstruos marinos, que los avances científicos no hicieron desaparecer del imaginario colectivo, hasta el punto ser representados en los mapas; y a las almas de marineros fallecidos en altamar que no habían recibido cristiana sepultura, por lo que se creía que permanecían vagando entre las olas.

También causaban una sensación de indefensión e inseguridad la noche y la oscuridad[12], que hacían sentir vulnerables, y lo mismo sucedía con la Luna. Se trata de temores muy relacionados con los aparecidos, los lobos, los maleficios… Civilizaciones como la egipcia o azteca temían que el Sol no volviese a salir, de modo que se trata de un miedo milenario y repetido en diferentes sociedades, a pesar de la distancia espaciotemporal. La cultura dirigente de la época potenció este miedo, relacionándolo con la delincuencia y las riñas, pero también con el diablo y las brujerías e intentó evitar la vida nocturna con cierres de puertas de las ciudades o toques de queda. En el fondo se trata de un choque de opuestos, si la luz se identifica con Dios, la oscuridad queda reservada para Satán[13].

El miedo al lobo está entre lo natural, por su acción contra rebaños y ganados, y lo sobrenatural, por la creencia en la licantropía, que consideraba a este animal un ser semihumano. Se creyó que la acción satánica convertía a una persona en lobo durante algún tiempo, en el que merodeaba los campos y atacaba a los rebaños y a las personas, actuando como un animal salvaje. Trascurrido este tiempo, el licántropo volvía a recuperar su forma humana. A pesar de la opinión de algunos médicos, que lo entendieron como una enfermedad mental, no dejaron de ser considerados agentes satánicos, tanto por juristas como por teólogos, y la población en general, lo que desencadenó cacerías colectivas para acabar con ellos. En el este europeo se observa como la licantropía es sustituida por el vampirismo. Ambos delitos estuvieron mucho menos expandidos o perseguidos que la brujería, si bien en algunas zonas como Luc (Béarn, Francia) los casos de licantropía dados en el siglo XVII «se contaban por cientos»[14] [Ilustración 1].

El último grupo de miedos se refiere a aquellos relacionados directamente con el diablo y otros entes sobrenaturales, como aparecidos o demonios y otros agentes de Satán, sobre todo herejes, musulmanes, brujas…

La idea de que, durante la Edad Media, musulmanes y judíos convivieron con cristianos sin grandes conflictos está siendo cada vez más cuestionada por las últimas investigaciones, que destacan conflictos como las Cruzadas, los pogromos o las

[12] Se ha de pensar que la noche moderna estuvo sumergida en una oscuridad total, con no más luz de la que ofreciese la Luna.
[13] J. Delumeau, El miedo en occidente, *op. cit.* p. 140.
[14] A. Fernández Tresguerres, *Satán. La otra historia de Dios,* Pentalfa Ediciones, Oviedo, 2013, pp. 117-177. Consultado en *Google Books*.

expulsiones para cuestionar esta imagen idílica. Entre ellas podemos citar el trabajo de J. Pérez, *Los judíos en España.* La Iglesia se esforzó por mostrar al «otro» como enemigo, transmitiendo la idea de que eran idólatras y enviados de Satán, con el fin de destruir el mundo cristiano.

El temor hacia los turcos fue en aumento al ritmo que avanzaban por el este de Europa y en el Mediterráneo. La caída de Constantinopla (1453) supuso un fuerte choque psicológico para los cristianos, pero no se trató de un miedo verdaderamente generalizado, sino que afectó especialmente a las élites y grupos dirigentes, y a aquellos que estaban en contacto directo, es decir, los territorios fronterizos del este, Italia o España. En esta última, los moriscos fueron considerados conspiradores y aliados del Imperio otomano: a pesar de su conversión, «todos los moriscos fueron considerados, a partir de 1568, enemigos del Estado»[15].

El miedo constante a la amenaza, que puede provenir de cualquier parte se completa con los judíos; es lógico que estos permaneciesen en el punto de mira. J. Delumeau[16] nos habla de un antisemitismo popular, no solo por los estereotipos de usureros y las envidias que despertaron, sino especialmente por ser el pueblo deicida. El teatro religioso puso de relieve su maldad, así como las obras doctrinales y la predicación. En referencia a este tema, son reseñables las obras de Caro Baroja (*Los judíos en la España moderna y contemporánea e Inquisición, brujería y criptojudaísmo*) y de Joseph Pérez (*Historia de una tragedia: la expulsión de los judíos de España*), como referentes para el estudio de la presencia de los judíos y su relación con los cristianos.

Al miedo hacia Satán, que «ha conformado la experiencia vital durante generaciones»[17], el Infierno, los diablos y la brujería vamos a dedicar los siguientes apartados.

---

[15] G. Colás, «Cristianos y Moriscos en Aragón: una nueva lectura de sus relaciones y comportamientos en el marco de la sociedad rural» *Mélanges de la Casa Velázquez,* tomo 29-2, 1993 p. 164.
[16] J. Delumeau, *op. cit.* pp. 423-460.
[17] B. Mancó, «Demonios y mujeres: historia de una trasgresión», en J. S. Amelang y M. Tausiet, *El diablo op. cit.*p. 186.

IV. DEMONOLOGÍA: SATÁN, DEMONIOS, ESPÍRITUS

1. Satán

¿Por qué estudiar al diablo? Como James S. Amelang nos dice[18], se trata de hacer justicia al peso histórico que su figura ha tenido, estando muy presente en la vida cotidiana de las personas de la Edad Moderna, de tal manera que prácticamente nadie dudó de su existencia e incluso algunos lo consideraron más poderoso que Dios, aludiendo a la naturaleza corrupta de la humanidad. Junto con la figura de Dios, la del diablo es uno de los pilares fundamentales del pensamiento occidental, siendo ambas complementarias[19]. Pensar en la Historia del diablo en términos amplios nos facilita la llegada al estudio y la comprensión de la Edad Moderna.

Tratando su evolución histórica, se observa que la figura del diablo apenas aparece en el Antiguo Testamento. Esto se debe a que en un principio las desgracias padecidas se achacaban a la ira o castigo divino, pero este hecho fue haciéndose incomprensible para los fieles y estas malas obras pasaron a ser atribuidas a Satán («el adversario»), que va surgiendo como ser autónomo y opuesto a Dios[20], cuyo objetivo va a ser tentar a los hombres al pecado.

A diferencia del Antiguo, el Nuevo Testamento está repleto de narraciones sobre la lucha de Dios contra Satán y sus servidores, tanto humanos como demoníacos; la dicotomía entre ambos seres sobrenaturales se va consolidando. De este modo, el mal se convirtió indudablemente en el resultado de la existencia de Satanás, así como el peligro y la tentación, que la fe en Dios debía vencer, continuando con dicha lucha.

Es fácil no entender la figura de este personaje a través de los textos bíblicos, ya que es, en el fondo, una creación del imaginario bajomedieval y moderno, que va siendo construido en el desarrollo de un periodo de larga duración.

El surgir de la Edad Moderna se acompañó de un profundo miedo al diablo. Si bien ya era temido en la etapa anterior, el Renacimiento, lejos de lo que podía pensarse,

---

[18] J. S. Amelang, «Durmiendo con el enemigo. El diablo en los sueños», en J. S. Amelang y M. Tausiet, *el diablo op cit.* (eds.), *El diablo en la Edad Moderna,* Marcial Pons Historia, Madrid, 2004, p. 327.
[19] M. Tausiet, *op. cit*.
[20] N. Cohn, *Los demonios familiares de Europa,* Alianza, Madrid, 1980.

lo difundió hasta niveles que no se habían alcanzado en la Edad Media, al menos durante los primeros siglos, manteniéndose hasta el siglo XVII. Con el paso del tiempo, llegando al XVIII, la figura del diablo comenzó a ponerse en duda, aunque la Iglesia siguió usándolo, de modo que «el miedo al diablo dejó de ser una epidemia social para convertirse en una patología social, aunque ampliamente extendida»[21].

Este auge se justifica atendiendo a la crisis de fe generalizada que se vivió en torno al siglo XV[22], con la multiplicación de los focos heréticos, lo que llevó a los teólogos a insistir en la presencia de Satán en la Tierra, cambiando radicalmente su imagen y destacando siempre sus perversiones. Estas inmoralidades fueron muy atrayentes para los cristianos y eran las principales valedoras de su existencia, de modo que impulsaron a los creyentes a un miedo obsesivo. Así pues, la Edad Moderna se convirtió en la época en la que la presencia y el poder del diablo están más reconocidos, y coincidiendo en el tiempo con la «Caza de Brujas».

Con el tiempo, la ira divina pasó a un segundo plano, ya que, como se ha dicho, la imagen de un Dios cruel y vengativo no acababa de comprenderse. De este modo, Satán se convirtió en el culpable de todas las desgracias que acompañaron a la llegada de la Edad Moderna: pestes, hambrunas, grandes guerras de religión, mortalidad catastrófica y problemas demográficos, elevado número de vagabundos, miseria, carestía…, por lo que alcanzó un papel clave entre el desasosiego y la confusión. Ante esta constante inestabilidad, hubo quienes pensaron que lo que realmente estaba ocurriendo es que se estaba instaurando el reino del diablo en la Tierra[23].

1.1. Representación

Va a ser a partir del siglo XIV cuando la imagen más terrorífica y angustiosa de este ser sobrenatural se difunda y comience a ocupar lugares privilegiados en representaciones iconográficas. Más concretamente, desde el año 1400 hasta 1580 la demonología y el miedo se extendieron a lo largo de todo el continente europeo.

---

[21] J. M. Pedrosa, «El diablo en la literatura de los Siglos de Oro: de máscara terrorífica a caricatura cómica» en J. S Amelang y M. Tausiet (eds.), *El diablo op. cit.* p. 69.
[22] W. Stephens, *apud* M. Tausiet, *Sexo, retórica y demonio* op. cit.
[23] M. J. Zamora Calvo, *Las bocas del diablo tratados demonológicos en los siglos XVI y XVII*, repositorio UAM, 2008, p. 416.

La imaginería diabólica de la época giró en torno a la representación de Satán y el Infierno, entre cuyos principales exponentes encontramos la obra de El Bosco [Ilustración 2]. Fue frecuente que los predicadores intentasen difundir una imagen grotesca del Infierno con el fin de adoctrinar; la relación entre adoctrinamiento e iconografía fue muy estrecha ya que la imagen permitía que las escenas de las penurias del Infierno quedasen grabadas en la imaginación de una población, en su mayoría iletrada, que aprendía aún de manera oral y visual [Ilustración 3]. En palabras de G. Duby:

> La creación artística es, en la práctica, la recreación de una materia recibida pero transformada por el artista en función no solo de su propio espíritu sino también de los medios culturales y sociales en los que se encuentra inserto[24].

La Iglesia trató de controlar el modo de representación para que este fuese uniforme, pero, una vez más, fue tarea difícil. A pesar de ello sí que hubo elementos comunes en la representación del diablo y el Infierno, que han perdurado hasta nuestra imagen actual: abunda el fuego, los dragones, se aprecia el gusto por lo híbrido -solía incorporar cuernos, alas, rabo…- y el caos…[25] A partir del XVII esta imagen fue empobreciéndose, siendo cada vez más común encontrarlo con forma humana, aunque mantuviese algún rasgo distintivo.

El diablo suele ser representado como una bestia, entre lo humano y lo animal; cuando aparecía en representaciones teatrales solía ir acompañado de olor a azufre, y música tenebrosa característica, lo que permitía diferenciarlo, sobre todo cuando no aparecía en forma de ser monstruoso, sino como un hombre galante, por ejemplo. Durante todo el Siglo de Oro español su figura estuvo muy codificada, además de por el olor y el sonido, por los efectos especiales que se utilizaron, tales como truenos, cohetes…

A estas imágenes se sumaron los discursos religiosos de predicadores y catequistas, que difundieron una imagen aterradora, y con ella un miedo generalizado hacia el Infierno, el diablo y sus servidores, que solo buscaban impulsar al creyente hacia la corrupción moral y el pecado.

---

[24] G. Duby, *apud* M. F. Ríos Saloma, *op. cit.*, p. 101.
[25] J. Portus, «Infiernos pintados» en J. S Amelang y M. Tausiet (eds.), *El diablo op. cit.* p. 267.

Por su parte, los teólogos del mundo protestante se interesaron incluso más por la demonología que los católicos. Qué mejor ejemplo que la figura de Lutero, que creía profundamente en la presencia de Lucifer. Consideraba que estaba totalmente presente en la vida cotidiana, y más concretamente en el cuerpo de herejes, brujas e incluso usureros y prostitutas; también pensaba que la peste u otras enfermedades estaban causadas por la presencia del diablo en el cuerpo del enfermo. Sus ideas se convirtieron en enseñanzas que se difundieron rápidamente por la actual Alemania y por todo el centro europeo protestante. La literatura demonológica que se generó contribuyó aún más a la interiorización del miedo a Satanás, «provocando la desconfianza hasta de uno mismo [y potenciando] este sentimiento de culpabilidad»[26].

El miedo al diablo y a los constantes obstáculos que este colocaba en la vida cotidiana de las personas para desviarlas del camino correcto están en todas partes, llegando a ser un miedo obsesivo, tanto para las clases populares como para las élites. El diablo es la encarnación del mal, omnipresente, frente a la cual el cristiano debe luchar constantemente.

Con la invención y el gran desarrollo que alcanzó la imprenta y la progresiva difusión de la cultura escrita, las obras demonológicas se convirtieron en una de las producciones más consumidas[27]. El elevado número de copias que se editaron muestra que no se trató de obras pensadas exclusivamente para teólogos y eclesiásticos, sino que llegaron a abogados, jueces, médicos… y con ellos a más población, lo que hizo que estos seres estuviesen aún más presentes si cabe en la vida cotidiana.

J. M. Pedrosa[28] denomina pedagogía del miedo a la difusión de una imagen macabra y espeluznante tanto del diablo como del Infierno, así como de la alerta ante el fin del mundo, mediante sermones, visitas pastorales, catequesis, pliegos de cordel, teatro religioso… con función atemorizante y doctrinal, como medio de eliminar vicios, pecados y prácticas supersticiosas y mágicas, produciéndose lo que podemos considerar como una fase tardía de evangelización.

---

[26] J. S. Amelang «Durmiendo con el enemigo», *ibidem*, p. 353
[27] J. Delumeau, *op. cit.* p.
[28] «*El diablo en la literatura de los Siglos de Oro: de máscara terrorífica a caricatura cómica*», en J. S. Amelang y M. Tausiet, *El diablo op. cit.*

> La disposición que mostró la Iglesia a agitar el temor al diablo como estrategia de control […] se alió […] con la desbocada inventiva popular, inclinada a dejarse impresionar por lo sobrenatural[29].

Ante esta imagen difundida desde el poder, tanto desde el mundo religioso como el laico, fue surgiendo una imagen del diablo más amable: la figura del Diablo Cojuelo, que solía aparecer en obras teatrales y sirvió para restar importancia al mensaje anterior. Llegó a tener un papel tan relevante que incluso se convirtió en el protagonista de la obra que lleva su nombre, escrita por Luis Vélez Guevara, en 1641. Se trata de un personaje más bien cómico que representa al demonio con una cojera, causada al haber sido expulsado del Cielo[30].

1.2. El diablo en contacto con los humanos

Como se ha dicho, durante estos años se creyó realmente en la existencia y, sobre todo, en la presencia del diablo, que buscaba constantemente la manera de engañar a los cristianos para impedir su salvación. Se supo que el diablo podía estar en contacto con los humanos a través de diversas vías. Se creía que este ser infrahumano podía presentarse adoptando cualquier cuerpo y forma, lo que hacía que fuese difícil de reconocer: apareció en forma de hombre, pero también de animal, como sapo, macho cabrío, cerdo negro…

La posesión representó el contacto más directo entre el demonio y las personas, especialmente por no ser externo, sino interno, y fue muy temido, ya que el primero se introducía en el cuerpo humano y se hacía con el control total de este. Una de las formas mediante las que se lograba la posesión de un cuerpo era mediante las relaciones sexuales, aunque también podía ser por otros medios, por ejemplo, un bostezo. En la Edad Moderna se creyó realmente que había personas endemoniadas con las que se convivía; no era más que otra manifestación de la presencia satánica. La posesión fue un hecho bastante inusual, si bien no infrecuente en este periodo, aunque no podemos precisar un número concreto de casos.

---

[29] *Ibidem*, p. 73.
[30] L. Vélez de Guevara, El diablo cojuelo, crítica, Barcelona, 1999.

Según los teólogos modernos era posible averiguar si una persona había sido poseída ya que mostraba signos de ello. En primer lugar, algunos comunes, como vómitos, palpitaciones, temblores, punzadas, debilitamiento, fiebre… pero a esto se añadían otros síntomas extraordinarios, por ejemplo, desarrollaban nuevas habilidades, como la capacidad de hablar lenguas que hasta entonces eran desconocidas para ellos o discutir sobre asuntos elevados siendo personas sin formación, tener una fuerza excesiva, ser capaces de predecir el futuro, incapaces de acceder a ceremonias religiosas, e incluso sentirse impulsados al suicidio[31], volverse locos, quedarse ciegos, sordos o mudos…[32]

Las personas poseídas por el demonio fueron sobre todo mujeres, ya que se entendía que su naturaleza débil y tendente al pecado las hacía más fáciles de desviar del camino correcto, más aún si estaban solas u ociosas[33], aunque se registraron también casos de hombres. Uno de las más reseñables es la posesión del rey Carlos II de España (1665-1700), ya que se creyó que estaba bajo los efectos de un mal de ojo, causante de su melancolía e impotencia[34].

Ante las posesiones, desde la Iglesia, se realizaron exorcismos, para expulsar al demonio del cuerpo, lo que significaba la victoria de Dios sobre el mal. Se trata de un ritual complejo, fue el papa Pablo V quien fijó, a principios del XVII, las normas que se debían seguir: tenía que ser llevado a cabo por una persona instruida, cuyo primer objetivo era identificar al demonio, es decir, conocer su identidad y sus intenciones, cómo se había producido la posesión y con qué fin… [Ilustración 4] para luego instar al Maligno a rendirse, mediante oraciones, el uso de agua bendita, insultos… el aparato teatral de los exorcismos fue poco a poco en aumento. La Iglesia afirmó que estas obras satánicas siempre se realizaban bajo la permisividad de Dios, «para confirmación de la fe»[35].

---

[31] Se trata de uno de los pecados contra la obra de Dios más importantes de la época, ya que impedía ser enterrado en camposanto y por tanto alcanzar la salvación

[32] L. y J. Gayral, *Les délires de possesion diabolique apud* J. M. Zamora, *op. cit.*, p. 432.

[33] J. Pardo Tomás, «Diablos y diabluras en la literatura de los secretos», en J. S. Amelang y M. Tausiet, *El diablo op. cit.*

[34] C. Lisón Tolosana, *Demonio y exorcismo en los siglos de Oro*, vol. 1, Akal, Madrid, 1990, en *Google Bocks* <https://books.google.es/books?id=MuA7ySFehEwC&pg=PA142&dq=exorcismo+carlos+ii&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwicqJqhzb3dAhWMBsAKHfnjD-EQ6AEILDAB#v=onepage&q&f=false> [Última consulta: 14-09-18], p. 149.

[35] B. Moncó, «*Demonios y mujeres: historia de una transgresión*», en J. S. Amelang y M. Tausiet, *El diablo op. cit.*, p. 207.

A lo largo de la Edad Moderna, y gracias al desarrollo de la imprenta, se publicaron numerosas obras dedicadas a los ritos del exorcismo, hasta el punto de llegar a convertirse prácticamente en un género literario. Estas obras explicaban desde la sintomatología hasta la terapia que debía aplicarse, destacando de entre ellas el *Thesaurus exorcismorum* de 1608[36].

En algunos periodos de la Edad Moderna observamos momentos de mayor histeria en torno a las posesiones y con ellos un mayor número de casos, siendo mujeres las más afectadas, y los conventos femeninos los lugares donde más posesiones colectivas se produjeron. Probablemente el caso más destacado es el del convento de Loudun (Francia) en 1634, por el número de personas implicadas, su duración y los personajes políticos a los que implicó[37]. El convento se ubicó en una zona convulsa, con alta presencia de hugonotes, para aumentar la presencia católica. El párroco local Grandier se granjeó muchas enemistades en el municipio por su falta de respeto al voto de castidad, así como con las monjas de dicho cenobio, por haber rechazado ser su confesor. Estas recurrieron a otro sacerdote, el canónigo Mignon, tras lo cual comenzaron a ver apariciones y acabaron acusando a Grandier de haber pactado con el diablo y haberlas endemoniado, por lo que este fue finalmente condenado a la hoguera. Finalmente se determinó que todo fue un fraude en el que se combinaron diversos enfrentamientos personales y políticos, en los que tuvieron un protagonismo directo los dos clérigos mencionados y la superiora del convento.

Este no fue el único caso, ya que se dieron decenas de episodios similares; en nuestro país podemos citar el caso del convento de San Plácido (Madrid, 1641). A partir de este engaño la Iglesia fijó once indicios que tener en cuenta para saber si una persona estaba siendo poseída realmente o no. Entre ellos, la persona debía estar convencida de la presencia del demonio, llevar una vida desordenada, estar enfermo constantemente, mostrarse violento con frecuencia…

En el ámbito religioso, y también dentro del matrimonio (en casos de adulterio), fue frecuente recurrir a la excusa de la posesión demoníaca para justificar que se hubieran mantenido relaciones sexuales prohibidas. No es extraño que algunas personas fingiesen una posesión, con el fin de excusarse ante algún delito o comportamiento o acción inadecuada, diciendo que no tenían el control de su cuerpo, ya que este estaba en

---

[36] M. Tausiet, *Sexo, retórica y demonio op. cit.*

[37] S. Houdard, « La possession de Loudun», *Communications,* nº 92, 2013, pp. 37-39.

manos del diablo. A pesar de ello, esta acción no dejó de ser peligrosa, ya que se consideraba más propensos a sufrir posesiones a personas pecadoras o de baja moral.

Otra forma de contacto fue la obsesión, es decir, la aparición prolongada del diablo, la cual fue muy frecuente en las hagiografías o vidas de santos, cuya especial sensibilidad religiosa los hizo víctimas triunfantes de Satán[38][Ilustración 5].

Los sugestionados fueron personas especialmente sensibles a la acción del demonio y los diablos por lo que la presencia demoníaca los hacía sumirse en el dolor y la melancolía. Se dijo de los demonios que provocaban en los humanos, además de tentaciones y tormentos, esta sensación de melancolía. Teniendo en cuenta los conocimientos de la medicina galénica de la época, la preponderancia del humor melancólico en una persona los hacía más propensos a padecer visiones (fantasmas, sueños perturbadores…). Ante esta situación los médicos debían dilucidar si se trataba o no de una acción del diablo[39].

Estudiando el periodo en su totalidad vemos que estas formas de contacto con el diablo están documentadas, es decir, en la época se tuvo certeza de que ocurrían, pero al mismo tiempo fueron bastante excepcionales. En conclusión, la mayor parte de las personas que entraron en contacto con el diablo lo hicieron a través de los sueños, siendo esta la forma más cotidiana, y que supuso un encuentro real para las personas implicadas[40].

El mundo onírico es realmente difícil de estudiar, si bien es fundamental, sobre todo para el estudio de la historia de la brujería. Ante la necesidad de justificar la existencia de las brujas, aquellos que la negaban afirmaban que era el diablo quien se aparecía en sueños y les hacía ver aquello que consideraban brujería. El sueño es el «escenario predilecto para las actividades diabólicas, el engaño y la tentación»[41]. Además de sueños, el diablo tenía un gran poder para provocar alucinaciones o ilusiones pues «lo que satán no realiza […] se las arregla para hacer creer que realmente lo hace»[42]. Aunque se trata de trampas ilusorias no hace que estas sean menos peligrosas.

---

[38] J. S. Amelang, «*Durmiendo con el diablo: el diablo en sueños*», en J. S. Amelang y M. Tausiet, *El diablo op. cit.* p. 338.

[39] J. Pardo Tomás, «Diablos y diabluras en la literatura de los secretos», en J. S. Amelang y M. Tausiet, *El diablo op. cit.* p.315.

[40] J. S. Amelang «Durmiendo con el enemigo», en J. S. Amelang y M. Tausiet, *El diablo* op. cit. p. 337.

[41] Ibidem, p. 348.

[42] J. Delumeau, *op. cit.*, p. 387.

La última forma de contacto entre el diablo y un humano fue el pacto, es decir, la persona colabora conscientemente con Satán en su obra maligna, gracias al poder que este delega en él, a la espera de alguna recompensa, normalmente económica o sexual. Los pactos serán vistos más profundamente en el último apartado, cuando nos adentremos en el miedo a las brujas.

Se sabía que el demonio tenía mucho poder y capacidad para desviar a los fieles del camino de la salvación, por ello era tan temido. A pesar de esto hay una serie de capacidades que están únicamente reservadas a Dios, como la capacidad de crear vida, o la realización de milagros. Aquel que creía que el diablo y Dios tenían las mismas capacidades y el mismo poder caía en una herejía dualista[43].

2. Demonios

La Edad Moderna es un periodo lleno de genios, duendes, divinidades y espíritus. Al tiempo que la Iglesia intentaba delimitar la imagen de Dios y, con esta, también la del bien y del mal, se fue haciendo cada vez más necesaria la figura del diablo, para ordenar el mundo, como enemigo de Dios al que vencer. El diablo debió haber sido uno solo, pero de la imaginería popular no desaparecieron los demonios y el mal «se fragmentó en una amplia serie de representaciones»[44], de modo que la Iglesia universalizó la creencia en su existencia para continuar extendiendo la doctrina cristiana en detrimento del paganismo. Esta institución también rechazó los métodos populares empleados para espantar a los demonios, lo cuales fueron condenados.

Desde finales de la Edad Media y durante la Edad Moderna se creyó en la existencia de un sinfín de diablos, demonios o espíritus malignos cómplices del demonio en su obra del mal. En el Nuevo Testamento se dice que son legión, aunque no se da el número exacto; se decía pues que este dato solo era conocido por Dios. Pero los teólogos y demonólogos no dejaron de especular e intentar cifrarlos: el teólogo español Alfonso de Espina defendió la cifra de 133.306.668, aunque cálculos más

[43] B. P. Levack, *La Caza de Brujas en la Europa moderna,* Alianza, Madrid, 1995. p. 61.
[44] M. J. Zamora Calvo, *Las bocas del diablo,* p. 425

conservadores, como los de Joan Wier (*De praestigiis daemonum)*, los sitúan en torno a seis o siete millones[45].

Se creía que eran ángeles caídos, es decir, seres que se habían rebelado contra Dios y por ello habían sido expulsados del Cielo. Por esto conservan poderes sobrehumanos, ya que a pesar de haber sido desterrados del Cielo no perdieron su capacidad de acumular conocimiento, y, como los ángeles, mantienen también una jerarquía.

Un gran número de tratadistas se dedicó a estudiar a estos demonios para conocer más sobre ellos; los demonios ubicados en lo alto de la jerarquía tenían sus propios nombres, personalidad y aspecto físico y además solían relacionarse con pecados particulares. Por ejemplo, Asmodeo fue identificado con la lujuria, Leviatán con la envidia o Belcebú con el orgullo… Tanto protestantes como católicos defendieron la existencia de demonios ligados a asuntos concretos, como el matrimonio, la embriaguez, las mentiras o las finanzas. A pesar de ello es fácil que sean confundidos y los nombres se utilicen indistintamente.

Los demonios, como los ángeles, son seres espirituales, no corpóreos, pero pueden adoptar la forma deseada con la unión de aire y vapores, según creían los teólogos escolásticos medievales[46]. Cuando se mostraban, lo hacían ofreciendo una imagen terrorífica; el teólogo español Juan Maldonado, en su obra *Traicté des anges et démons*, los describe como:

> Un animal muy terrible, tanto por el tamaño desmesurado de su cuerpo como por su crueldad […] su cuerpo es como un escudo de hierro colado, está lleno de escamas apretadas una contra otra; va armado por todas partes y no se le puede agarrar por ningún lugar[47].

Por otro lado, muchas obras defienden también que, en virtud del gran poder que poseían, eran capaces de introducirse en cuerpos de fallecidos y son capaces incluso de procrear. Al igual que el diablo, tienen también la capacidad de poseer un cuerpo, por lo que no les fue necesario crearlo.

[45] *Ibidem*, p. 425.
[46] B. P. Levack, *op. cit.*
[47] J. Maldonado, *Traicté des anges et démons*, *apud* M. J. Zamora Calvo, *op. cit.*p. 423.

Uno de los temas más debatidos entre teólogos fue la relación entre la sexualidad y el demonio, en referencia a temas de impotencia, como veremos en el apartado sobre brujería, y, especialmente, a la posibilidad de que los humanos mantuviesen relaciones sexuales con los demonios e incluso a la posibilidad de concepción. Estos seres, que alcanzaron la posesión por dicho medio, se denominaron íncubos -yacer sobre- y súcubos -yacer bajo-; los primeros adoptan forma masculina y los segundos femenina y se hacen con el cuerpo, aunque no dejan de ser un peligro para el alma. La doctrina sobre estos seres fue legitimada por Tomás de Aquino en el siglo XIII, aunque fue siglos más tarde, ya en la Edad Moderna cuando se difundió y estuvo a la orden del día[48]. El autor bajomedieval Alfonso de Espina afirma que el número de íncubos es nueve veces superior al de súcubos, debido a la naturaleza lasciva de las mujeres[49].

En cuanto a la concepción entre seres demoníacos y humanos destaca la leyenda de Merlín, según la cual este nace de la relación sexual entre una mujer -cuya condición cambia según la leyenda- y un demonio, a lo que debe sus poderes mágicos[50]. Se trata de un hecho con verdadero simbolismo, que va ligando la magia con el carácter sexual y tendente al pecado de las mujeres[51].

Otra pregunta que se planteó en la época fue dónde estaban estos demonios. En principio ocupaban el mundo de las tinieblas, pero podían estar también en el mar, el aire, los bosques, el subsuelo… o entre las personas.

> A partir de la caída de Lucifer […] permitió Dios que muchos de ellos (los demonios) quedaran en los lugares intermedios porque también fue conveniente que […] pudiéramos ser fatigados con sus tentaciones, y para este efecto permitió Dios que quedasen muchos de ellos en el aire, en la Tierra y en el agua, hasta el día del Juicio, que irán todos a los abismos [52].

M.ª Jesús Zamora Calvo, citando a Martín del Río, teólogo del siglo XVI, nos aporta una clasificación de los demonios en seis grupos en función de dicha ubicación y

---

[48] M. Tausiet, Sexo, retórica y demonio, *op. cit.*

[49] Y. Beteta Martín, «Entre conjuros y pactos diabólicos. La proyección simbólica de las mujeres en el discurso demonológico», en Eliseo Serrano (coord.), *De la tierra al Cielo. Líneas de investigación en Historia Moderna*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», Vol. 2, 2012, p. 876.

[50] B. Solares, *Merín, Arturo y las Hadas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2007, p. 93.

[51] Y. Beteta, «Entre conjuros y pactos diabólicos», en Eliseo Serrano (coord.), *De la Tierra al Cielo. op. cit.*, p. 877.

[52] Torquemada, *apud* J. Pardo Tomás, «Diablos y diabluras en la literatura de los secretos», en J. S. Amelang y M. Tausiet, *El diablo op. cit.*, p. 309.

poderes o radio de influencia[53]. Muchos teólogos defendieron que, mientras el Demonio habitaba en el abismo, el resto de los demonios pululaban entre la Tierra y el Infierno.

El primer grupo es denominado el de los diablos ígneos, pero este tuvo poca repercusión en la vida humana, ya que se ubicaban en la atmósfera superior y en raras ocasiones entraban en contacto con los hombres.

El segundo también habita en el aire, pero ocupa lugares más cercanos a la Tierra, por lo que pueden aparecerse a los hombres. A estos se los considera los culpables de los desastres meteorológicos como el granizo, los truenos o las tempestades.

A continuación, se encuentran los diablos terrestres, es decir, los que conviven con los humanos, por ejemplo, mediante la posesión. También pueden ubicarse en los bosques, donde atormentan a los cazadores o confunden a los paseantes…

El cuarto grupo lo conformarían los demonios ubicados en lugares subterráneos, como grutas o cuevas y son los responsables de temblores de Tierra. Acostumbran a atemorizar a mineros y excavadores, y Del Río afirma que son los más destructivos con el hombre. Como ya se ha comentado, es posible encontrar información sobre las creencias modernas en casi cualquier tipo de fuente. Haciendo referencia a este cuarto grupo, y fijándonos en el sector de la minería, desde los peones hasta los trabajadores más formados, bebían de la cultura popular del momento, que como se ha dicho en repetidas ocasiones, no dudaba de la presencia del diablo y sus secuaces. Estas creencias quedan reflejadas en algunos tratados sobre minería, de entre los que destacamos *De re metallica* (1556), obra de G. Agrícola, en los que se habló sobre los peligros que acechaban a los trabajadores subterráneos; al tiempo que se habla de desprendimientos, fugas de gas o explosiones, se menciona también la posibilidad de encontrar «plagas perniciosas. Estas son demonios de aspecto feroz […] [a los que] no se puede expulsar ni se puede escapar de ellos»[54].

La quinta categoría se corresponde con los demonios acuáticos, es decir, los que residen en el agua de los lagos, ríos y mares, donde hundían barcos, ahogaban hombres y atormentaban a los marineros.

---

[53] M. del Río, *Disquisitionum magicarum, libri VI apud M. J. Zamora, op. cit.*, pp. 424-425.
[54] G. Agrícola, *De re metallica, apud* J. Sánchez Gómez, *Magia, astrología y ocultismo entre los mineros del siglo XVI*, p. 349.

Por último, el sexto grupo lo forman los demonios que se encuentran en el abismo, denominados lucífugos, ya que detestan la luz, por lo que ocupan el lugar más lúgubre, donde atormentan a los condenados de manera perpetua.

3. Espíritus

Para los modernos «el pasado no estaba verdaderamente muerto»[55] ni la vida y la muerte estaban claramente separadas, aunque nuevamente la Iglesia se esforzase por transmitir la idea de que el cuerpo y el alma se separaban inmediatamente tras la muerte, una vez más sin éxito, no solo entre las capas populares de la población, sino incluso en sectores más elevados, como dentro del grupo jurídico, donde se llegó a desenterrar fallecidos para juzgarlos. La creencia en las apariciones y presencias de espíritus se alimentó de las grandes épocas de epidemias, destacando la peste, y los grandes enterramientos colectivos. Estos acontecimientos suponían la visión de espasmos *post mortem* o personas que realmente no habían muerto, ya que habían sido arrojados a las fosas en medio del pavor, rápidamente y con poco tiempo, hecho que queda reflejado en la denominación que le otorgaron los holandeses a esta epidemia: «la enfermedad con prisa»[56].

Durante la Edad Moderna se creyó plenamente en la existencia de un mundo de espíritus, tanto malignos como benignos -duendes, hadas, elfos… sobre todo en el centro europeo-; creencias paganas a las que la Iglesia trato de dar un barniz religioso, asociándolos con santos y ángeles.

Al final, la Iglesia católica reconoció la posibilidad de que las almas se presentasen en el mundo de los vivos, sobre todo a raíz del conflicto religioso generado tras la Reforma. En medio del enfrentamiento religioso, la Iglesia católica defendió la existencia del Purgatorio[57], como lugar intermedio entre el Cielo y el Infierno, en el que los muertos podían ser ayudados por los vivos a alcanzar la salvación, lo que refuerza la

---

[55] J. Delumeau, *op. cit.* p. 119.
[56] *Ibidem.* p. 175.
[57] Se trata de un tema muy controvertido, ya que este no aparece citado en la Biblia, lo que hizo que fuese otro de los puntos candentes entre católicos y protestantes.

tesis del libre albedrío. Los protestantes negaban rotundamente esta posibilidad, ya que defendieron la idea de la predestinación y, por tanto, la no existencia del Purgatorio[58].

La posibilidad de que Dios permita manifestarse a las almas de los fallecidos tendría el fin de adoctrinar o amonestar a los vivos[59]. Vemos pues como el cristianismo trató de dar sentido religioso y moral a esta creencia de origen pagano, y el miedo tardó siglos en disiparse.

Se creía que aquellas personas más propensas a aparecerse eran aquellas que no habían tenido una buena muerte, es decir, aquellos que habían fallecido en circunstancias agónicas o no naturales, como suicidas, bebés no bautizados, ahogados…. Se entendía por buena muerte aquella que es esperada, que permite tener el tiempo suficiente para tomar las disposiciones oportunas. Una muerte tranquila y sin agonía suponía estar en el camino de la salvación[60]. Los vivos harán todo lo posible para que los difuntos emprendan su viaje al Más Allá sin causar problemas, ya que se creía que aquellos que se aparecían solían hacerlo en lugares familiares y podían atormentar a los vivos.

---

[58] M. Tausiet, «Gritos del Más Allá. La defensa del Purgatorio en la España de la Contrarreforma», *Hispania Sacra*, n.º 27 (2005), pp. 81-108.
[59] J. Delumeau, *op. cit.*
[60] P. Ariès, *Historia de la muerte en Occidente: desde la Edad Media hasta nuestros días,* Quaderns Crema, Barcelona, 2000.

V. BRUJERÍA

El tema de la brujería ha sido muy estudiado y debatido desde sus primeros tiempos hasta la actualidad, pero esto no hace que las dudas frente a él se hayan disipado. Este se encuadra cada vez más en el marco de la Historia cultural, lo que hace que sea más importante la creencia, interpretación y el modo en el que se vivió este fenómeno que el proceso en sí. También van cobrando más importancia los estudios que ponen en relación su estudio con el del diablo. Desde el punto de vista de este trabajo, esta unión es fundamental, ya que se entiende a la bruja como un agente satánico, dispuesta a hacer el mal en nombre de su señor, Satán, habiendo renunciado a su fe cristiana.

La importancia que ha tenido el estudio de este tema nos lleva a preguntarnos hasta qué punto la brujería estuvo presente en la vida cotidiana de las personas de la Edad Moderna. Al igual que el miedo al diablo, podemos considerar que se trata de un miedo inculcado desde las clases superiores y, sobre todo, desde la Iglesia, para desviar las tensiones sociales y mantener el control sobre la población; pero este fenómeno no podría haber alcanzado las dimensiones que tuvo sin la colaboración de las capas populares, crucial a la hora de las delaciones y localización de sospechosos. Fueron estas últimas las que se vieron rodeadas de desgracias: enfermedades, hambrunas, malas cosechas, fallecimientos prematuros… que achacaron a causas mágicas o sobrenaturales, a la acción diabólica, en este caso por la intervención de mujeres humanas aliadas del diablo. El miedo a la brujería estaba muy presente en sus vidas, ya que gran parte de los sucesos inexplicables o desafortunados que ocurrían fueron achacados a estas y a sus maleficios y sus males de ojo o aojamientos.

Norman Cohn defiende que la fantasía de la brujería se apoya en la defensa de la existencia de otra sociedad, mucho más pequeña, clandestina y paralela que amenazaba a la existente y que además llevaba a cabo prácticas abominables como orgías o canibalismo. La persecución de las brujas supuso un intento de purificación del mundo, tratando de acabar con estas «sirvientas de Satán».

1. Magia y brujería. Evolución

La magia, o brujería, fue más o menos tolerada durante la Baja Edad Media. Durante esta época se diferenció entre magia blanca, en muchas ocasiones entremezclada con la ciencia, y magia negra, con intenciones dañinas. Con el tiempo la primera se ligó a los hombres, mientras que la segunda se unió con la magia popular y femenina, la cual cada vez estuvo más relacionada con el diablo.

Como momento clave en esta evolución podemos señalar la publicación de una bula por parte del papa Juan XXII (1336), que permitía a los inquisidores la persecución de la brujería al declararla un delito de herejía, por el pacto con el demonio, y de apostasía, ya que este pacto hacía que renunciasen a la fe de Cristo; lo que hizo que estas dotes mágicas se convirtiesen en algo misterioso y peligroso. Durante el siglo XIV la intervención inquisitorial fue perfilándose, tanto en el plano teórico como en el práctico; es en este siglo cuando encontramos por primera vez la palabra *sabbat*[61], entendida como reunión diabólica.

Como se ha dicho, la magia popular que se había practicado durante la Edad Media fue ligándose cada vez más con la brujería y el pecado. Delumeau ejemplifica este hecho hablando de la lectura de manos: en un principio, la figura del diablo no aparece, de modo que no se trató de herejía, pero, a medida que la presencia de Satán fue haciéndose cada vez más importante en la sociedad, aumentó también el miedo a las brujas, y esto hizo que este tipo de práctica cada vez resultase más confusa y acabase siendo perseguida[62]. Sin embargo, para la gente siguió teniendo una gran ambivalencia ya que causaba curiosidad, pero a la vez estaba condenada por la autoridad.

Las creencias en torno a la brujería fueron evolucionando con el paso de los siglos, «hasta finales del XIV los sectores cultos, en general, y la jerarquía del clero en particular, tenía muy claro que estas reuniones [*sabbat*s] y estos viajes nocturnos de mujeres […] eran puramente fantásticos»[63]. Pero al llegar al siglo XVI, y más aún en el XVII, se empezó a creer en estas capacidades, procedentes del pacto con el diablo. Así pues, la aceptación y difusión de estas ideas por parte de la élite hizo que el miedo fuese real, y la persecución una consecuencia lógica de este.

[61] J. Delumeau, *op. cit*

[62] *Ibidem.*

[63] N. Cohn, *op, cit.*, p. 284.

El estado absolutista y su poder se reforzó con dichos procesos persecutorios, ya que se involucró plenamente, teniendo el control de estos y trabajando dentro de una relación muy estrecha con la Iglesia; la Inquisición española fue un claro ejemplo de ello.

2. El concepto de bruja

A la hora de definir la brujería y la figura de la bruja, Levack, en su obra *La Caza de Brujas en la Europa moderna*, señala cuatro puntos teóricos que sirvieron en la Edad Moderna para delimitar qué era una bruja, es decir, los cuatro aspectos que marcaban su identidad: el pacto con el diablo, el aquelarre o *sabbat*, el vuelo y la metamorfosis.

Partiendo de estos cuatro conceptos, que identificaban a la bruja, a continuación explicados, hay que señalar que estos fueron más bien teóricos e interesaron a élites e intelectuales. Por su parte las clases populares pudieron conocerlos, de mano de estas clases altas preocupadas por su difusión, si bien su mayor miedo fueron los maleficios que estas brujas pudiesen lanzar contra ellos.

2.1. El pacto con el diablo

Si bien la figura de la bruja ya estaba de algún modo conformada en la mentalidad popular de la época en torno a los *maleficia* y aojamientos, esto fue un delito menor. Para que el miedo a la brujería fuese en aumento y se pusiese en marcha la gran Caza de Brujas moderna era necesario el respaldo de las élites; por tanto, fueron estas quienes trataron de dar un significado religioso a estas creencias paganas, relacionando a la bruja con el diablo. Entre otros métodos, para difundir este temor los eclesiásticos leyeron en voz alta los cargos de las acusadas o se las ejecutó en público.

Se afirmó que estas personas eran culpables de haber hecho un pacto con el diablo, de manera deliberada y voluntaria, lo que les concedía poderes sobrenaturales para practicar la magia negra y hacer el mal. Al mismo tiempo esto requería renunciar a Dios y a la fe cristiana, lo que las convertía en apóstatas y herejes, delitos fuertemente

perseguidos. Este pacto es el fundamento legal que permite la persecución de la brujería y que vinculó la magia nociva con el diablo[64].

El diablo se aparecía ante aquellas personas más propensas al pecado, especialmente mujeres, con forma de hombre hermoso y galante, prometiendo recompensas materiales y placeres sexuales a cambio de lealtad. Esto implicaba renunciar a Dios, para pasar a adorar al diablo. Se generalizó la idea de que la nueva bruja besaba los glúteos del diablo [Ilustración 6] o mantenían relaciones sexuales, él por su parte la marcaba, haciéndole una señal, como un arañazo, que luego sería muy útil a los cazadores de brujas para localizarlas y culparlas.

Como se ha dicho el pacto preocupaba más a las élites, mientras que los campesinos se sentían más atemorizados por el riesgo a sufrir un maleficio.

2.2. El sabbat o aquelarre

Los modernos no solo estaban convencidos de que la bruja había pactado con el diablo, sino que también mantenían que estas le rendían culto en ceremonias periódicamente repetidas, denominadas *sabbat* o aquelarre.

Creían que decenas, e incluso centenares de brujas se reunían en lugares lejanos, tales como montañas, cruces o cementerios[65], con el fin de adorar al diablo, presente en forma de humano o bestia, normalmente como macho cabrío. Una vez allí se organizaba una ceremonia que tenía cierto paralelismo con la misa cristiana, pero que los teólogos consideraron una burla por ser algo parecido a una parodia de esta, siguiendo un sistema de opuestos. Esta era presidida por Satán, a quien los asistentes adoraban, renunciando a su fe cristiana, se pisaban reliquias [Ilustración 7], los ungüentos fueron el opuesto del óleo santo, el beso en los glúteos el antónimo de la reverencia[66], al contrario que en la misa cristiana las mujeres tenían un papel predominante sobre los hombres…

A continuación, se afirmaba que las brujas practicaban, junto con el diablo, todo tipo de actividades inmorales, como banquetes en los que devoraban carne humana

---

[64] B. P. Levack, *op. cit.*
[65] N. Cohn, *op. cit.*
[66] M. Tausiet, *Ponzoña en los ojos: brujería y superstición en Aragón en el siglo XVI*, Turner, Madrid, 2004.

(especialmente de niños), bailes, orgías… [Ilustración 8]. La figura de la mujer como ser inmoral estuvo estrechamente relacionada con las prácticas sexuales, por la importancia que la virginidad tuvo en la honra familiar durante la Edad Moderna.

Como afirma M. Tausiet, la Iglesia exageró todo aquello que quiso combatir para aumentar esa sensación de miedo, mostrando el *sabbat* como un gran símbolo del pecado y el vicio. Si bien esta misma autora indica que la fantasía del *sabbat*:

> No fue solo un invento de la cultura de la élite, por el contrario, sus constantes referencias al mundo de los muertos [...], el viaje al más allá, los vuelos y la metamorfosis lo sitúan en el centro de los mitos de mayor raigambre popular[67].

Esta celebración tuvo mucho que ver con las fiestas populares o el carnaval (entendido como la representación del mundo al revés), eran reuniones festivas nocturnas, pero que contaban con la presencia del diablo. Además, esta fiesta transgrede la idea de domesticidad que se tenía de la mujer, con lo cual la vida nocturna también las hizo sospechosas de practicar la brujería.

2.3. El vuelo

La capacidad de volar es otra de las características atribuidas a las brujas y era la única manera de que tales reuniones anteriormente citadas fuesen posibles, ya que se creía que se reunían en lugares lejanos, para no ser encontradas, y al mismo tiempo les permitía regresar a casa a tiempo sin que su ausencia fuese notada.

Se creía que las brujas podían volar sin más ayuda que el poder que Satán les había concedido, aunque también suelen imaginarse haciéndolo sobre escobas (signo femenino). Utilizaban también ungüentos, que aplicados sobre los objetos o sobre sí mismas les permitían volar. Se ha comprobado que estos podían provocar sueños vívidos o alucinaciones[68], de modo que ha habido autores que aludiendo a estos efectos alucinógenos explican que algunas brujas creían de verdad en su capacidad de volar y confirmaban haberse reunido en *sabbat*s, si bien esta teoría no es suficiente para explicar todo este fenómeno.

[67] M. Tausiet, «Comadronas-brujas en Aragón» *op. cit.* pp. 240-241.
[68] B. P. Levack, *op. cit.*

2.4. La metamorfosis

La capacidad de las brujas de metamorfearse, adoptando forma de animales salvajes para acudir a los *sabbat*s, es la característica menos integrada en el concepto de brujería, es más, por muchos ni siquiera fue aceptada. Los autores del *Malleus Maleficarum* consideran que esta capacidad no es más que una alucinación provocada por el propio demonio[69] o incluso se relaciona con el uso de ungüentos u otras sustancias alucinógenas.

En suma, la mayor parte de los europeos cultos del siglo XVI creía en las brujas, en los *maleficia* o prácticas diabólicas que realizaban y sobre todo en el pacto directo que habían realizado con el diablo[70].

Finalmente, y a pesar de estas ideas comunes que sirvieron para identificar a las brujas, estas acabaron siendo «lo que los cazadores de brujas decían que eran» [71], siendo las indicaciones de estos las que impulsaban a la caza. No era necesario que cumpliesen las cuatro características que se han descrito en los párrafos precedentes, ya que por su pacto satánico y dichas capacidades era difícil que pudiesen ser vistas en pleno vuelo o reunidas. Por esto, la apariencia física de las brujas y la imagen que estas proyectaban ante la comunidad, como se explica en el apartado siguiente, va a ser lo que las convierta en acusadas. Luego, durante los juicios, sus acusadores se encargarán de demostrar que habían realizado las actividades anteriores.

Si bien esos cuatro aspectos fueron los que más preocuparon a los teóricos y las élites, las clases populares se sintieron especialmente vulnerables y temían los *maleficia* y aojamientos o males de ojo. Por todos era sabido que las brujas empleaban su poder para hacer el mal o atormentar a sus vecinos, y eran acusadas de muchas desgracias, normalmente individuales, ya que las desgracias colectivas solían ser atribuidas a Dios o al diablo.

La gente buscaba explicaciones sobrenaturales a los sucesos trágicos, como enfermedades o prácticamente cualquier tipo de dolencia, malos partos, desaparición de

---

[69] *Ibidem*
[70] *Ibidem*, p. 53.
[71] Sumers *apud* N. Cohn, *op. cit.*, p. 162.

niños, hombres estériles o impotentes[72]… y muchos se consideraron originados por los males de ojo. El ámbito de las brujas es siempre nocturno, se creyó que estas se aparecían en sueños y podían provocar sonambulismo y hasta la muerte, siendo especialmente peligrosas para los niños[73].

3. Imagen de la bruja

A lo largo de tantos años de temor a las brujas y con el desarrollo de cuantiosos tratados en torno a ellas, se definió una imagen clara de cómo era una bruja. Esta imagen estuvo presente tanto en la mentalidad de los más cultos como de las clases populares durante años. La aceptación de estos estereotipos contribuyó a extenderlos y generalizarlos, de modo que la existencia de acusadas que respondiesen a ellos no hacía otra cosa que confirmarlos; es decir, «el prototipo de bruja fue tanto producto como causa de acusaciones y procesos»[74].

Para empezar, ha de decirse que, a pesar de que la presencia de hombres no es nula, un 75% de los acusados fueron mujeres. En algunas zonas como en Hungría o el condado de Essex (Inglaterra) el componente femenino llegó a suponer el 90%. Como excepciones, podemos citar Rusia o Estonia, donde el porcentaje masculino superó al de mujeres[75]. Ellas fueron más fácilmente sospechosas debido a la misoginia intelectual del momento, que afianzó la principal obra sobre la Caza de Brujas, el *Malleus Maleficarum,* la cual afirmaba que eran seres de moralidad débil y más influenciables por el diablo, idea que se mantuvo hasta el XVIII.

El patriarcado histórico ha deslegitimado la imagen de la mujer y su percepción social y colectiva asimilándola al demonio, la perversión y el pecado, a través de la imagen de la bruja[76]. Como reacción a esta mentalidad va a surgir a finales del XIV un movimiento conocido como la «querella de las mujeres», que va a reivindicar su papel en la esfera pública y cuestiona la supuesta inferioridad que defienden obras como el *Malleus.* En este se aportan numerosas justificaciones de la inferioridad de las mujeres,

---

[72] Se ha de tener en cuenta que, para la concepción moderna del matrimonio, siendo su fin principal la procreación, no hay nada más grave que la esterilidad en la pareja.
[73] M. Tausiet, *Ponzoña en los ojos, op. cit.*
[74] B. P. Levack, *op. cit.,* p. 180.
[75] *Ibidem*, p. 178.
[76] Y. Beteta «Entre conjuros y pactos diabólicos...». *op. cit.*

incluso en el propio sustantivo fémina, interpretado como *fe minus*, recalcando su inferioridad espiritual. Esto se reafirma con ideas bíblicas como la caída del Edén por la tentación de Eva, lo que muestra su inclinación hacia el pecado y los asuntos diabólicos. También los médicos, que desde la Edad Media afirmaron que las niñas eran varones que no habían acabado de formarse en el vientre materno, recalcaron la inferioridad de estas; asimismo reforzaron esta teoría juristas como Bodino, quien enumeró los defectos de la mujer que la impulsaban a la brujería: su curiosidad, vanidad, credulidad… Por esto se dijo que tenían la necesidad de ser guiadas por un varón, más difícil de pervertir como ser superior.

De este modo, la bruja, que encarna en su figura a la mujer, se convierte en un peligro para la Iglesia y para todos los cristianos, ya que Satán estaba muy próximo a ellas. Las obras teológicas y predicaciones no dejaron de difundir una imagen femenina de inferioridad, tanto moral como física, como características inherentes a su sexo[77].

Como se ha dicho con anterioridad, la élite se preocupó más por aspectos teóricos, como el pacto con el diablo, mientras que las clases populares sintieron mayor temor por los aspectos mágicos. Para estos fueron especialmente sospechosas comadronas, curanderas y cocineras, o aquellas mujeres que no practicaban el recogimiento nocturno acostumbrado. Las primeras eran acusadas con frecuencia de la muerte de niños, en su mayoría no bautizados, y sufrieron la venganza de los padres. Fueron en muchas ocasiones culpabilizadas de las muertes prematuras (en el parto o durante los primeros meses de vida) y de los infanticidios que se produjeron durante la Edad Moderna, que supusieron una quinta parte de los nacimientos. Estas se relacionaron estrechamente con las brujas ya que se dijo de ellas que consumían carne humana en los *sabbats*, sobre todo de niños no bautizados, o utilizaban sus cuerpos para hacer ungüentos[78]. Algo similar ocurrió con las mujeres que cuidaban a los hijos de otras si había algún problema con ellos, como una enfermedad. En cuanto a las curanderas, era frecuente recurrir a ellas ante cualquier enfermedad, debido a que en esta época los médicos cualificados fueron totalmente inaccesibles para el campesinado. Esto hizo que los remedios, hierbas y unturas que aplicaron fuesen vistos como

---

[77] PÉREZ MOLINA, I., «La normativización del cuerpo femenino en la Edad Moderna: el vestido y la virginidad», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV, Historia Moderna*, T.17, 2004, p. 104.

[78] M. Tausiet, «Comadronas-brujas en Aragón en la Edad Moderna: mito y realidad», *Temas de Antropología Aragonesa*, n.º 6, 1996, pp. 237-260

remedios si triunfaban, pero también como venenos o fórmulas malignas si fracasaban. Por último, el miedo al envenenamiento estuvo muy presente durante esta época, y las cocineras fueron habituales sospechosas. Además, se creyó que esta condición podía heredarse, de modo que las hijas de las acusadas fueron también muy vigiladas.

En cuanto a la edad, las principales sospechosas fueron mujeres viejas. E. W. Monter afirma que la edad de la bruja ronda los 60 años, confirmando el estereotipo de mujer de avanzada edad. Levack por su parte dice que estas tuvieron, por norma general, más de 50 años, lo que en la época fue una edad muy elevada, ya que para los modernos la vejez comenzaba en torno a los 40 años. Se dice que la causa de que las acusadas alcanzasen edades tan elevadas es que las sospechas iban aumento a lo largo de los años hasta llegar a un punto álgido y a la acusación, además de que con tantos años ya eran personas seniles, que podían comer excentricidades extrañas y, por tanto, sospechosas. Por último, se las consideró mujeres viejas más débiles y al mismo tiempo libres (con la viudedad las mujeres dejaban de depender de un hombre, como habían hecho durante toda su vida), lo que las hizo recurrir a la brujería como medio de protección[79].

Continuando con lo antes citado, en cuanto al estado civil, la mayoría de ellas estuvieron solas, es decir, eran viudas o solteras[80], dentro de una sociedad patriarcal que temió la libertad de la mujer y el no sometimiento de esta a la autoridad de un varón (primero a la del padre, y cuando esta se casaba, a la del marido). Esta desconfianza hacia ellas las hizo sospechosas; el miedo a dicha libertad quedó reflejado en la violencia contra las brujas[81]. También hubo mujeres casadas, que solían ser acusadas por sus propios maridos, hijos o familiares políticos, dentro de un contexto de tensiones o conflictos familiares.

Otro aspecto para tener en cuenta fue el nivel socioeconómico de las acusadas. Nuevamente se observa un porcentaje mucho más alto de mujeres pertenecientes a los estratos sociales más bajos, en su mayoría pobres, que hicieron pactos con el diablo a cambio de alguna pequeña recompensa material, o se dedicaban a la curandería y a la preparación de ungüentos y bebedizos para mantenerse, pero también hubo acusaciones entre las clases altas, si bien, en su mayoría, fueron encubiertas; la mayor parte de estas

[79] B. P. Levack, *op. cit.*
[80] En comparación con épocas anteriores, a lo largo de la Edad Moderna el número de mujeres solteras fue creciendo, de modo que esta desconfianza se fue intensificando.
[81] J. Delumeau, *op. cit.*

mujeres estaban constantemente acompañadas, lo que las hacía menos sospechosas, y también menos vulnerables.

Para acabar, en referencia a la personalidad de estas mujeres, fue mucho más fácil acusar a las solitarias, que carecían de apoyos dentro de una comunidad en la cual se daba una estrecha convivencia y el sentimiento de pertenencia a este fue más fuerte que la propia individualidad. Además, la senectud, como hemos dicho, hacía que adoptasen actitudes extrañas, tuviesen mal carácter, maldijesen o fuesen irritables. Si bien este es el prototipo, está por determinar hasta qué punto las mujeres se ajustaban a él.

En cuanto a la imagen que las brujas tuvieron de sí mismas, atendiendo a las fuentes de la época podríamos pensar que todas ellas creían en su poder, en el pacto con el diablo y en su capacidad de realizar maleficios; pero no debemos olvidar que la mayor parte de documentos con testimonio «directo» de las propias brujas proceden de juicios y confesiones, que fueron obtenidas mediante tortura o mediante la amenaza de su uso. Levack nos dice que «la mayor parte de las acusadas no practicaban ningún tipo de magia»[82], aunque por otro lado señala que una pequeña parte de ellas pudo creer realmente que tenía poderes, por haber tratado de pactar con el diablo ante una situación económica desesperada o por el uso de ungüentos u otras sustancias que pudieron tener efectos psicotrópicos que realmente hiciesen creer a algunas acusadas de brujería que habían participado en aquelarres.

4. Juicios y condenas

El poder del estado absolutista, que controló los procesos de la mano de la Iglesia, reformó el proceso criminal y lo hizo cada vez más represivo y con menos posibilidad de defensa. Se dio una estrecha colaboración entre las autoridades eclesiásticas y las civiles, ya que ambos se sentían amenazados por la brujería. La falta de respuesta oficial en ocasiones fue contestada con una «justicia popular» impulsada por el miedo, que fue desde ataques a la propiedad hasta linchamientos e incluso asesinatos. Al igual que lo hicieron las ordenanzas municipales de la Valencia medieval y moderna, muchos otros lugares declararon algunos pecados y conductas desviadas, así

[82] B. P. Levack, *op. cit.*, p. 37.

como delitos públicos, para regular la convivencia y al mismo tiempo evitar que pudieran causar la ira divina y con ello castigos para toda la población[83]. Esto no se aplicó solamente en casos de brujería, sino también para combatir el recurso a curanderos, adivinos, hechizos… y cualquier otra práctica que se saliese de la doctrina cristiana.

Como se ha mencionado con anterioridad, un pequeño porcentaje de acusadas creyó realmente en su culpabilidad, mientras que el resto acabaron confesando ante el uso de tortura. El uso del castigo físico para obtener confesiones fue permitido por el papa Inocencio IV para procesos de herejía y fue especialmente duro para las acusadas de brujería, ya que se pensó que estas podían recurrir a sus poderes para resistir el dolor.

Al miedo que los modernos tuvieron a la acción de las brujas, que les impulsó a denunciar a aquellas mujeres que consideraban sospechosas, hay que sumar las acusaciones falsas, que se convirtieron en un método cotidiano para resolver las disputas entre vecinos, conocidos o incluso familiares. En ocasiones la comunidad entera se unió en contra de uno o varios sospechosos, de modo que, abrigados bajo el consenso se sintieron fuertes frente al enemigo. Estas numerosas denuncias fueron posibles gracias al cambio legal que se produjo en torno a las acusaciones en la Edad Moderna. Durante la Edad Media el denunciante tenía que responsabilizarse de su acusación, de modo que lo hizo con más cautela, temiendo un posible castigo. En cambio, al comienzo de la modernidad esto se eliminó y el delator no tenía ninguna responsabilidad sobre lo dicho, ni le era necesario presentar ningún tipo de prueba, por lo que las acusaciones se hicieron más a la ligera, ya que no requería de mayor explicación ni implicación.

Los tribunales locales fueron los más estrictos, especialmente por el miedo que supuso la cercanía de las brujas a los propios jueces, sobre todo en comunidades pequeñas, y por tanto los más condenadores. Normalmente las brujas fueron sentenciadas a la hoguera, esperando que el fuego purificador limpiase sus pecados. Dicha quema fue realizada en acto público, previa lectura de la acusación, con intención moralizante [Ilustración 9].

[83] R. Narbona Vizcaíno, *Tras los rastros de la cultura popular. Hechicería, superstición y curanderismo en la Valencia Medieval,* Universidad de Valencia, p. 97.

Cada uno de estos juicios fue «una batalla entre las fuerzas de Dios y las del diablo»[84]; no fueron más que otra forma de luchar contra Satán, intentando erradicar su obra maligna en la tierra, y con ello a sus aliados.

5. Caza de Brujas en Europa

Se denomina Caza de Brujas a la acusación, proceso y ejecución de miles de personas (representando las mujeres el porcentaje más alto, como se ha indicado con anterioridad) por el delito de brujería durante el periodo que va de 1450 a 1750[85] sobre todo en Europa, aunque también se dieron algunos casos fuera del continente. Especialmente durante los siglos XVI y XVII la persecución de brujas llegó a ser tan violenta que el fenómeno ha recibido el nombre de caza. Pero estas persecuciones masivas no surgen de la nada, ya desde la Edad Media tenemos juicios por brujería, aunque es en el periodo siguiente cuando intelectuales y eclesiásticos dieron soporte teórico a esta persecución, lo que no quitó protagonismo a las clases populares, que continuaron siendo fundamentales.

La epidemia de temor a las brujas estalló en Europa impulsada por un fondo de miedo al maleficio. A su desencadenamiento contribuyeron muchos factores, no solo de carácter religioso, por la crisis espiritual que se estaba viviendo; sino también político, relacionado con la consolidación del nuevo estado moderno, mejor organizado y con una mayor capacidad de represión, y económico; a lo que se sumó la fuerte misoginia de la época. Es la Iglesia la que empieza la caza, pero va a encontrar un fuerte apoyo en las autoridades civiles, que se sirvieron de esta para evitar los descontentos sociales. Autores como Caro Baroja o Evans-Pritchard afirman que este fenómeno se produce por la necesidad del sistema dominante de crear chivos expiatorios que permitan desviar las tensiones que se estaban dando en la sociedad.

Se trató de un acontecimiento de gran complejidad, repartido desigualmente tanto en el tiempo como en el espacio, teniendo más repercusión en el centro de Europa y sobre todo entre los protestantes. La brujería se vivió más intensamente en el mundo rural y las zonas montañosas marginales, donde persistían creencias supersticiosas y era más difícil permanecer aislado de la comunidad; si bien también hubo acusaciones en el

[84] N. Cohn, *op. cit.*, p. 319.
[85] B. P. Levack, *op. cit.*, p.23.

mundo urbano, y alcanzaron números de enjuiciados mucho más altos (proporcionales al número de habitantes; es lógico que, en las ciudades, donde hubo más habitantes, hubiese más enjuiciados). En cuanto a cronología de este fenómeno cabe decir que fue en el siglo XV cuando se dio un aumento gradual de procesos por brujería, aunque disminuyó ligeramente a comienzos del XVI. Pero pronto empezaría a crecer exponencialmente a finales de este siglo y principios del siguiente (coincidiendo con las guerras de religión), para luego ir descendiendo poco a poco hasta desaparecer desde finales del XVII y comienzos del XVIII; aunque aún encontramos algunos casos durante el siglo XIX. Por ejemplo, tenemos testimonio de la presencia de algunas curanderas en Calatayud que fueron encarceladas por entrar en contacto con los muertos aún en esta última centuria[86].

Como ya se ha mencionado, durante todo este periodo hubo un gran desarrollo de literatura demonológica, procedente del trabajo de juristas, teólogos y expertos, destacando de entre todas las obras el *Malleus Maleficarum* (1485), publicado en el centro de Europa, donde la Caza de Brujas alcanzó un mayor desarrollo, por dos inquisidores dominicos, E. Kramer y J. Sprenger. Se trató de una obra profundamente misógina dividida en tres partes: la primera buscó demostrar la existencia de la brujería, la segunda habla sobre la acción de las brujas, recalcando la importancia del pacto con el diablo, y la última trata sobre cómo encontrarlas y eliminarlas. Muestra de la gran relevancia que tuvo esta obra es que 200 años más tarde de su publicación teólogos, y especialmente juristas, siguieron utilizándola como obra principal para detectar y ajusticiar a las brujas.

En cuanto a la magnitud que alcanzó este fenómeno, no se dispone de cifras exactas, si bien en el Sacro Imperio el número de víctimas debió de rondar las 60.000 personas[87], aproximadamente la mitad del total. Este fenómeno repercutió principalmente sobre todo en el centro y norte de Europa, mientras que, en el arco mediterráneo, el impacto fue mucho menos importante. Esto se relaciona también con la estabilidad religiosa que sus monarcas absolutos mantuvieron. Por ejemplo, en España la preocupación principal giró en torno a judaizantes y moriscos, de modo que el miedo a las brujas y sus maleficios no fue tan grande como en otros países. En la Península,

---

[86] Adell Castán, J. A., *Brujas, demonios, encantarias y seres mágicos en Aragón,* Editorial Pirineo, Huesca, 2001.
[87] B. P. Levack, *op. cit.,* p. 49.

durante los juicios, se contó con frecuencia con médicos, y muchos casos los delitos se achacaron a enfermedades mentales.

VI. CONCLUSIÓN

En definitiva, se observa como el miedo estuvo totalmente presente e integrado en la vida cotidiana de los europeos modernos, consecuencia de la situación de inseguridad causada por las guerras de religión, la ruptura cristiana tras la Reforma, las epidemias y hambrunas... Estos se sintieron asustados prácticamente por todo aquello que les era desconocido o resultaba impredecible. Así pues, la cristiandad se vio amenazada por la peste, las revueltas, los herejes, la oscuridad...

Hubo miedos físicos, derivados de esta situación de incertidumbre, como el miedo a la muerte o la enfermedad; pero también otros, de carácter sobrenatural, fomentados en parte desde el poder y la Iglesia, pero que al mismo tiempo bebían de tradiciones paganas.

Son muchos los autores que hacen hincapié en la importancia de desechar la idea de que se trata de miedos y creencias irracionales, ya que el sistema cultural de la Edad Moderna se basó en la lógica de contrarios, en la que la imagen de Satán y sus servidores se opuso a la de Dios y estuvo perfectamente integrada en la concepción del mundo.

Así pues, la población europea se movilizó contra lo diferente y el poder del diablo se convirtió en uno de los ejes fundamentales de la vida cotidiana. La amenaza del Infierno y Satán fueron un fantástico instrumento de control; y la presencia y persecución de sus agentes en la tierra, atormentando o incitando al pecado a los humanos, resultó una vía de escape ante las tensiones y la complicada situación que vivían los modernos. La lucha contra la bruja, un ser físico y tangible, fue un medio para luchar contra el diablo.

Aunque Satán ocupó un lugar privilegiado en esta sociedad siempre lo hizo en un segundo plano, bajo el control divino, si bien, en algunos momentos su figura pudo llegar a tener incluso más relevancia que la de Dios. Los teólogos se esforzaron por promover mediante las representaciones gráficas y obras teológicas una imagen temible de Satán. En ellas se mostró que era capaz de entrar en contacto con los humanos, especialmente con aquellos más proclives al pecado; entre los cuales, sin ninguna duda, debemos destacar a las mujeres. Este contacto llegó a tal punto que no solo estaba

presente o se aparecía en sueños, sino que incluso podía poseer el cuerpo de una persona y hacerse con el control total de este.

A su servicio se encontraron hombres lobo, demonios, herejes, espíritus y brujas, secuaces de los que se sirvió para sembrar el caos dentro de una sociedad cristiana y temerosa. Todos ellos estuvieron totalmente presentes en la vida cotidiana, desde demonios que amenazaban a los mineros y podían mantener relaciones sexuales con las personas, hasta espíritus que atormentaban a sus familiares en la propia vivienda.

En cuanto a las brujas, su relación con el diablo fue muy estrecha, debido al pacto que habían realizado con él. No todas ellas fueron mujeres, pero sí una amplia mayoría; mujeres que no se ajustaron al canon de la Iglesia y los Estados de la época, solteras o viudas, sin estar supeditadas a ningún hombre, poco integradas en una comunidad que, en la época, lo era todo. Como se ha dicho se convirtieron en el principal chivo expiatorio que permitió que la lucha contra Satán no fuese solo espiritual, sino también física, hasta llegar a producirse la gran Caza de Brujas.

La presencia constante del diablo y el pecado generalizó un sentimiento de culpa muy arraigado y extendido en la mentalidad del momento, que poco a poco fue difuminándose, al tiempo que lo hicieron las guerras de religión y el miedo a Satán y sus esbirros y progresaron las ciencias experimentales, hacia el camino de la racionalidad. Pero se trata de una mentalidad muy enraizado que no desapareció de la noche a la mañana, pues hay que recordar que el ámbito de la Historia cultural se desarrolla en periodos de larga duración, y, al mismo tiempo, la ciencia se extendió entre los sectores más cultos, pero no entre las clases populares. Esto se refleja, por ejemplo, en la consideración de los hombres lobo o mujeres que afirmaban ser brujas como enfermos mentales.

Si bien estos miedos no tuvieron el mismo impacto en todos los Estados, ya que cada zona se vio más afectada por unos u otros, parece posible concluir que, en conjunto, el miedo fue un sentimiento generalizado en toda Europa, debido a dicha atmósfera de cambio y la preocupación por la llegada del fin del mundo y el Juicio Final que se vivió. La presencia de estos seres sobrenaturales no hace más que confirmar la presencia de Satán en la Tierra, totalmente integrada en el imaginario colectivo de la época. Tanto la Iglesia como el poder se valieron de la producción de un sinfín de obras demonológicas, sobre diablos, herejes, brujas y espíritus, fomentando ese miedo, que

empujo al continente a una gran Caza de Brujas, tratando de eliminar la presencia de Satán en la Tierra.

BIBLIOGRAFÍA

ADELL CASTÁN, J. A., *Brujas, demonios, encantarias y seres mágicos en Aragón,* Pirineo, Huesca, 2001.

AMELANG, J. S. y TAUSIET M. (eds.), *Accidentes del alma: las emociones en la Edad Moderna,* Abada, Madrid, 2009.

AMELANG, J. S. y TAUSIET, M. (eds), *El diablo en la Edad Moderna*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2004.

ARIÈS, P., *Historia de la muerte en Occidente: desde la Edad Media hasta nuestros días,* Quaderns Crema, Barcelona, 2000.

ATIENZA, Á., «El mundo de las monjas y de los claustros femeninos en la Edad Moderna. Perspectivas recientes y algunos retos», en Eliseo Serrano Martín (coord.), *De la Tierra al Cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2013, pp. 89-105.

BETETA MARTÍN, Y., «Entre conjuros y pactos diabólicos. La proyección simbólica de las mujeres en el discurso demonológico», en Eliseo Serrano (coord.), *De la Tierra al Cielo. Líneas de investigación en Historia Moderna*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», Vol. 2, 2012, pp. 873-886.

CARO BAROJA, J., «El terror desde el punto de vista histórico, *Cuaderno del Instituto Vasco de Criminología*», nº 9 Extraordinario, diciembre 1996, pp. 139-156.

CARO BAROJA, J., *Las brujas y su mundo,* Alianza, Madrid, 1969.

COHN, N., *Los demonios familaires de Europa,* Alianza, Madrid, 1980.

COLÁS, G., «Cristianos y Moriscos en Aragón: una nueva lectura de sus relaciones y comportamientos en el marco de la sociedad rural», *Mélanges de la Casa Velázquez*, tomo 29-2, 1993, pp. 153-169.

DELUMEAU, J., *El miedo en occidente (siglos XIV-XVIII): una ciudad sitiada*, Taurus, Madrid, 1989.

FAGAN, B. *La pequeña edad de hielo: cómo el clima afectó a la historia de Europa (1300-1850),* Gedisa, Barcelona, 2008.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Casadas, monjas, rameras y brujas: la olvidada historia de la mujer española en el Renacimiento,* Espasa-Calpe, Madrid, 2002.

FERNÁNDEZ TRESGUERRES, A., *Satán. La otra historia de Dios,* Pentalfa Ediciones, Oviedo, 2013, en *Google Books*. <https://books.google.es/books?id=0Dije_zo_pEC&pg=PA117&hl=es&source=gbs_toc_r&cad=4#v=onepage&q&f=false> [Última consulta 24-08-18].

GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, L., «Acostarse con el enemigo: el demonio lujurioso en el teatro del siglo de oro», en *Academia.edu,* en <https://www.academia.edu/13004572/Acostarse_con_el_Enemigo_El_demonio_lujurioso_en_el_teatro_del_Siglo_de_Oro> [Última consulta: 10/08/2018].

HOUDARD, S., «La possession de Loudun», *Communications,* nº 92, 2013, pp. 37-39.

LEVACK, B. P., *La Caza de Brujas en la Europa moderna*, Alianza, Madrid, 1995.

LISÓN TOLOSANA, C., *Demonio y exorcismo en los siglos de Oro,* vol. 1, Akal, Madrid, 1990, en *Google Bocks* https://books.google.es/books?id=MuA7ySFehEwC&pg=PA142&dq=exorcismo+carlos+ii&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwicqJqhzb3dAhWMBsAKHfnjD-EQ6AEILDAB#v=onepage&q&f=false [Última consulta: 14-09-18].

LORENZO PINAR, F. J., *Muerte y ritual en la Edad Moderna: el caso de Zamora (1500-1800),* Universidad de Salamanca, Salamanca, 1991.

NARBONA VIZCAÍNO, R., «Tras los rastros de la cultura popular. Hechicería, superstición y curanderismo en la Valencia Medieval», *Edad Media Revista de Historia,* nº1, 1998, pp. 91-110.

NAUSIA PIMOULIER, A., «Mujeres solas y brujería en la Navarra de los siglos XVI y XVII», *Revista Internacional de los Estudios Vascos*. Cuaderno 9, 2012, pp. 216-239 en <http://www.euskomedia.org/PDFAnlt/rievcuadernos/09/09216239.pdf> [Última consulta 05/09/18].

PARKER, G., *El siglo maldito: clima, guerras y catástrofes en el siglo XVII,* Planeta, Barcelona, 2013.

PÉREZ, J., *Los judíos en España,* Marcial Pons, Madrid, 2005.

PÉREZ MOLINA, I., «La normativización del cuerpo femenino en la Edad Moderna: el vestido y la virginidad», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV, Historia Moderna*, T.17, 2004, pp. 103-116.

QUAIFE, G. R., *Magia y maleficio. Las brujas y el fanatismo religioso,* Crítica, Barcelona, 1989.

RÍOS SALOMA, M. F., «De la historia de las mentalidades a la historia cultural. Notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX», *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México,* nº 37, enero-junio 2009, pp. 97-137.

RUSSELL, J. B., *Historia de la brujería. Hechiceros, herejes y paganos,* Paidós, Barcelona, 1998.

RUSSELL, J. B., *Lucifer: el diablo en la Edad Media,* Laertes, Barcelona, 1995.

SALAS, F., *El martillo de las Brujas: «Malleus Maleficarum»,* Academia.edu, 2018, en <https://www.academia.edu/35981666/El_Martillo_de_las_Brujas_Malleus_Maleficarum_Informe_> [Última consulta: 04/09/18].

SÁNCHEZ GÓMEZ, J., «Magia, astrología y ocultismo entre los mineros del siglo XVI», *Studia hisorica. Historia moderna*, Vol. 6, 1988, pp. 339-350.

SOLARES, B., *Merín, Arturo y las Hadas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2007, en *Google Books* <https://books.google.es/books?id=J0KQNAEACAAJ&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false> [Última consulta: 30-08-2018].

TAUSIET CARLÉS, M., «Sexo, retórica y demonio», *Revista de Libros*, nº 85, enero 2004, https://www.revistadelibros.com/articulo_imprimible.php?art=2580&t=articulos [Última consulta: 10-09-2018].

TAUSIET CARLÉS, M., *Ponzoña en los ojos: brujería y superstición en Aragón en el siglo XVI,* Turner, Madrid, 2004.

TAUSIET CARLÉS, M., «Comadronas-brujas en Aragón en la Edad Moderna: mito y realidad», *Temas de Antropología Aragonesa,* n.º 6, 1996, pp. 237-260.

TAUSIET CARLÉS, M., «Gritos del Más Allá. La defensa del Purgatorio en la España de la Contrarreforma», *Hispania Sacra,* n.º 27, 2005, pp. 81-108.

VÉLEZ DE GUEVARA, L., *El diablo cojuelo*, Crítica, Barcelona, 1999.

ZAMORA CALVO, M. J., «Las bocas del diablo tratados demonológicos en los siglos XVI y XVII», *Edad de Oro,* nº 28, 2008, pp. 441-445.

ANEXOS



Ilustración 1. Xilografía de un ataque de un hombre-lobo, *1512. Lucas Cranach el Viejo.*



Ilustración 2. Tríptico del Jardín de las Delicias, *1490-1500. El Bosco. En la tercera parte, el Infierno. Museo del Prado, Madrid.*

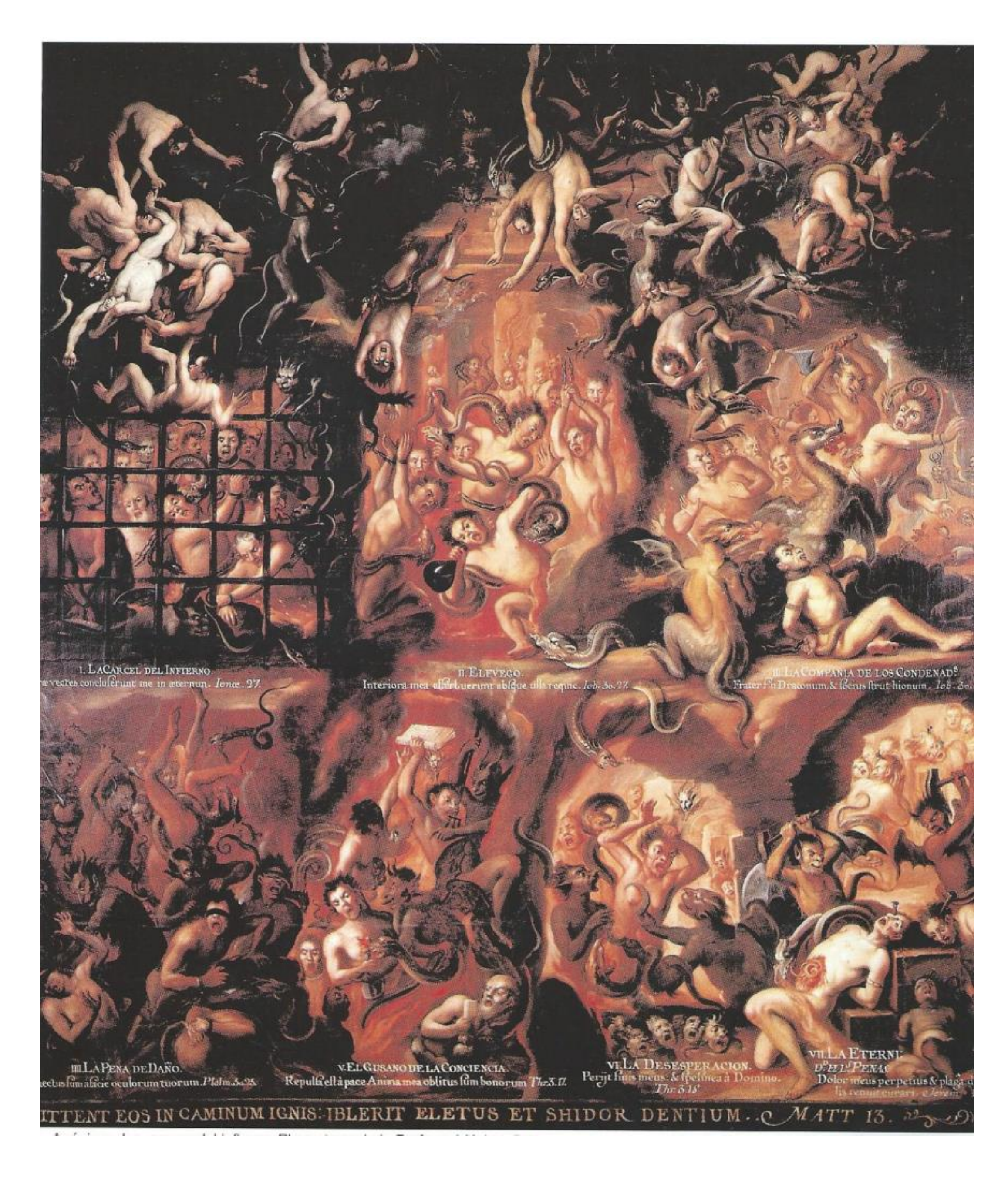


Ilustración 3. El Infierno. *Miguel Cabrera (atrib.). Pinacoteca de la Profesa, Ciudad de México.*

Cuestiones que plantear al demonio…

1. ¿Cuál es tu nombre?
2. ¿Qué deseas y por qué turbas este lugar en vez de otros?
3. ¿Por qué tomas diferentes apariencias?
4. ¿Y por qué unas más que otras?
5. ¿Haces esto para aterrorizar a las gentes de aquí y a los habitantes de la ciudad? ¿O con vistas a su destrucción? ¿O para su instrucción?
6. ¿Sientes más hostilidad hacia las gentes de esta ciudad que hacia las de otras, o menos, o la misma?
7. ¿Atormentas a los habitantes de esta ciudad más que a los de otras ciudades? Y [si es así] ¿en razón de cuál o cuáles pecados?
8. ¿Atormentas más a los eclesiásticos que a los laicos, y en razón de qué pecados?
9. ¿Es que los eclesiásticos y los laicos de uno y otro sexo de esta ciudad consienten más en tus sugestiones y en las de tus semejantes que los de otras ciudades, y en qué pecados?
10. ¿Cuál es el pecado del que tú y tus compañeros os alegráis más? ¿De qué buena obra os sentís más tristes?
11. ¿Por qué virtud escapan mejor y más fácilmente los hombres a vuestra tiranía?
12. Cuando tentáis a los hombres en la agonía, ¿hacia qué pecado les solicitáis más particularmente?
13. Cuando alguien muere, ¿estáis presentes tú u otro espíritu maligno, incluso si el moribundo es un santo?
14. ¿Le asisten un ángel bueno y los santos, para defender a este justo en su partida contra vuestros perversos esfuerzos?
15. ¿Es que esas mistificaciones que ocurren de tiempo en tiempo por la acción de esas mujeres que se denominan «fatales» [las brujas] o de otra forma y que abusan de la ignorancia del vulgo son producidas por un espíritu maligno? O si no, ¿cómo? ¿Y existen tales mujeres, hombres o animales [diabólicos]? ¿O es que un espíritu no puede transformarse nunca de esa forma?
16. ¿Podemos obtener de Nuestro Señor Jesús que te aleje de este lugar a fin de que no puedas perjudicar a nadie y que te obligue a huir allí donde no hay seres humanos?
17. ¿Qué debemos hacer para que sea así?
18. ¿Cómo sabremos nosotros que Nuestro Señor te ha alejado de este lugar y de los demás habitáculos de los hombres?

Ilustración 4. Cuestiones que plantear al demonio. *Extraído de J. Delumeau*, El miedo en occidente, *pp. 390-391*.

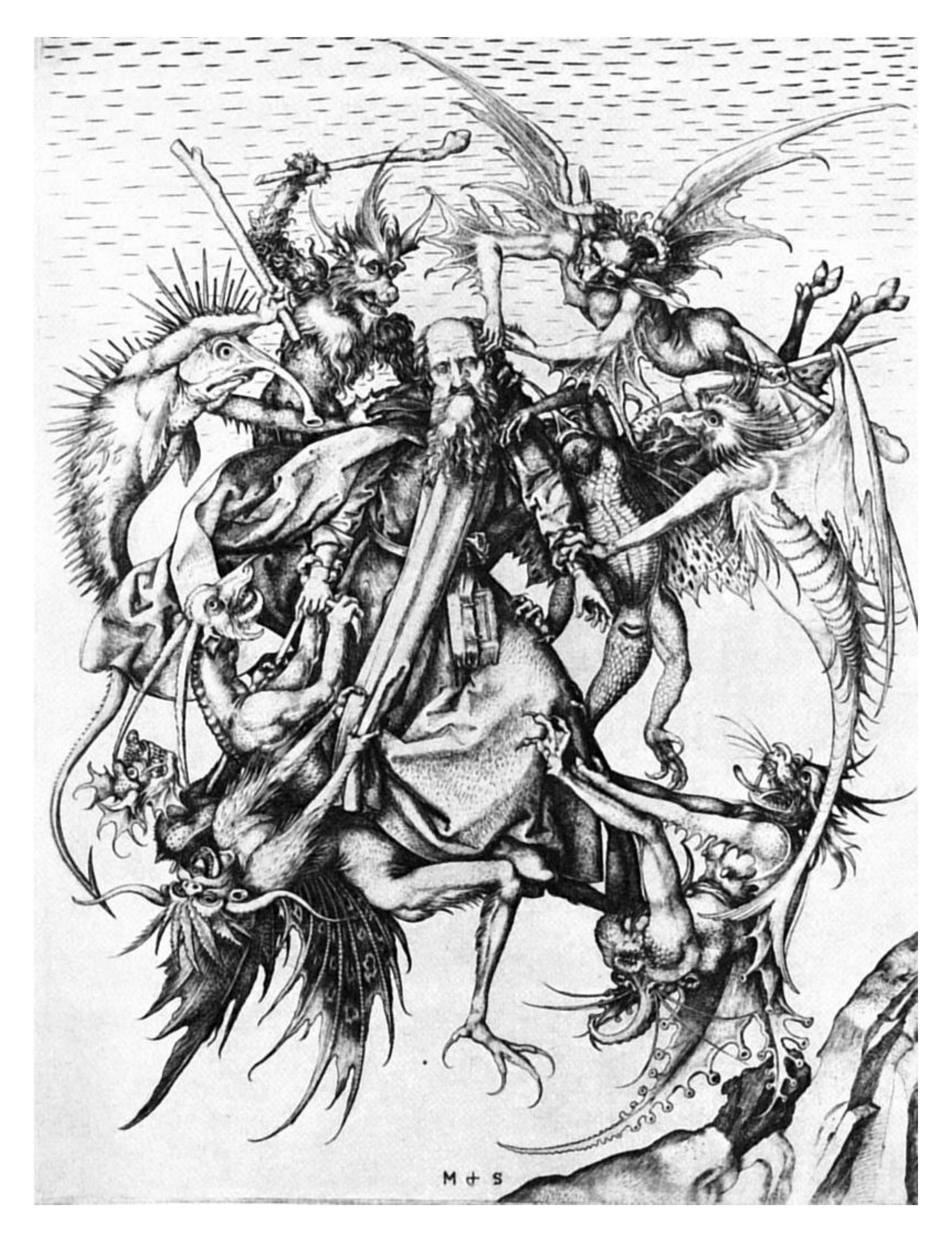


Ilustración 5. Las tentaciones de San Antonio, *1470. Grabado de M. Schongauer. Museo Metropolitano de Arte, Nueva York.*



Ilustración 6. Brujos y brujas dando el beso ritual a Satán*, 1610. Grabado de De Guazzo. Extraído de B.P. Levack,* La Caza de Brujas en la Europa Moderna.



Ilustración 7. Brujas pisoteando una cruz por orden del diablo*. 1610. Grabado de De Guazzo. Extraído de B.P. Levack,* La Caza de Brujas en la Europa Moderna*. Símbolo de apostasía.*



Ilustración 8. Brujas cocinando niños, *1610. Grabado de De Guazzo. Extraído de B.P. Levack,* La Caza de Brujas en la Europa Moderna.

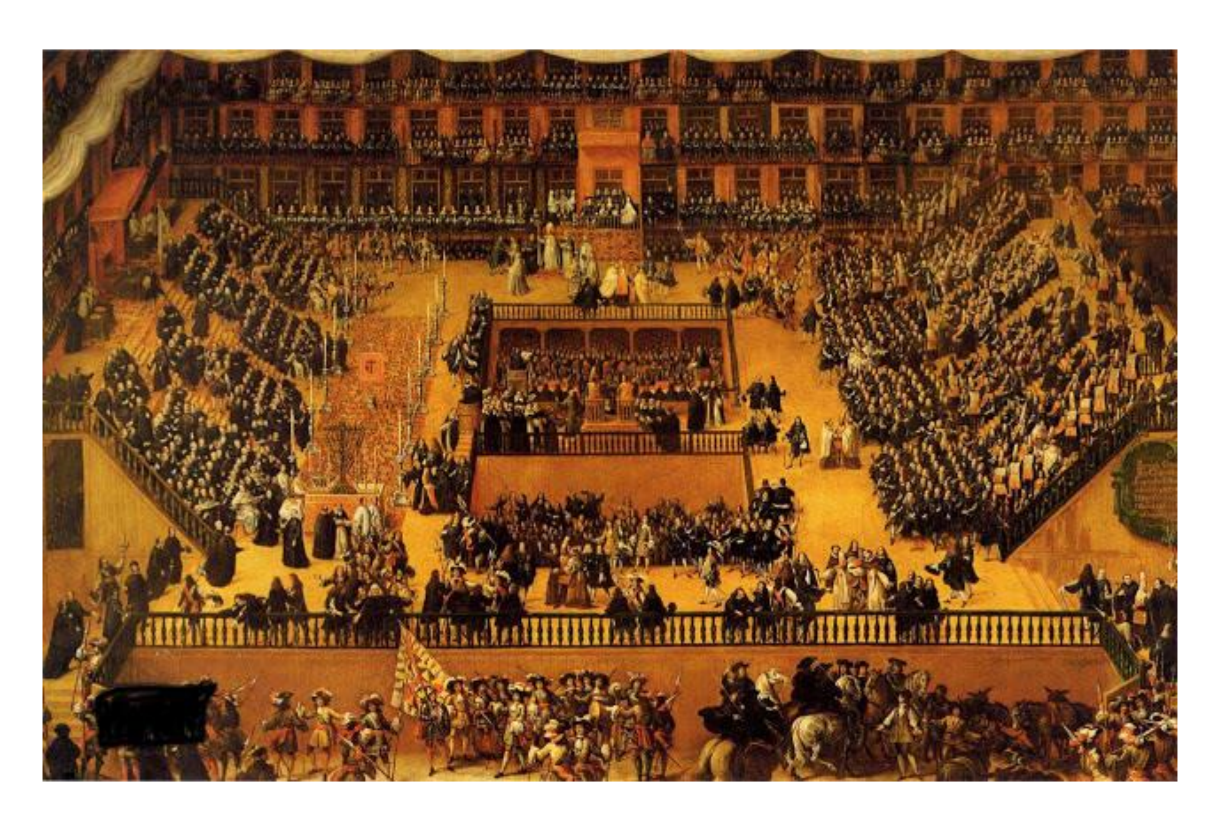


Ilustración 9. Auto de fe en la Plaza Mayor de Madrid, *1680. Francisco Rizi. Museo del Prado, Madrid.*